

# ¿es México el futuro de Europa oriental?: adaptabilidad institucional y cambio político en perspectivas comparadas

MELVIN CROAN

Actualmente se está acercando el momento en que el partido —bajo las nuevas condiciones sociales que él mismo ha creado— deberá buscar un nuevo lugar para sí mismo (en la sociedad). Por haber creado condiciones bajo las cuales las leyes sociales tienen mejor influencia, el partido también deberá liberarse de las prerrogativas clásicas de un monopolio absoluto del poder.<sup>1</sup>

Estas palabras, escritas desde Praga, por Bozidar Bojdanovich, el especialista europeo oriental del periódico del partido yugoslavo, *Politika*, durante la agitación intelectual que precedió a la destitución del poder de Antonin Novotny en Checoslovaquia, señalan un importante dilema que, en distintos grados, acosa a los regímenes de partidos comunistas en todas partes. Sin embargo, en ningún lugar la relación entre el gobierno del partido y las fuerzas sociales es tan distintivamente problemática o tan potencialmente precaria como lo es en la actualidad en Europa Oriental.

Aunque más pronunciadas en algunos países del área que en otros, ciertas condiciones sociopolíticas generales tienden a colocar a Europa Oriental Central separada de otras esferas de dominio del Partido Comunista. Tomando la región como una totalidad, es dudoso que el partido haya tenido éxito en atomizar la sociedad en la medida en que Stalin fue capaz de pulverizar a la sociedad soviética. La experiencia del to-

talitarismo stalinista fue, por supuesto, mucho más leve en Europa Oriental que en la Unión Soviética. Las estructuras sociales tradicionales eran, en lo principal, más complejas y mejor articuladas de las que habían existido en Rusia, y demostraron ser mucho más elásticas a la embestida del totalitarismo. Sin embargo, aun cuando fallaron en desarraigar totalmente los vestigios del orden social pre-comunista, los regímenes del partido en Europa Oriental sí tuvieron éxito en crear nuevas fuerzas sociales. En muchos casos puede decirse que estos grupos han desarrollado un mayor sentido de identidad autoconsciente, que sus contrapartes en la URSS. En un número de instancias, especialmente en lo concerniente a la *intelligentzia*, han reclamado para sí el papel político desempeñado tradicionalmente por sus antepasados no comunistas. Los regímenes de partido de Europa Oriental, por su parte, desde hace largo tiempo dejaron de ser meros apéndices dentro de un sistema internacional primitivo dirigido desde Moscú. Deseosos sinceramente de contar con la mayor base posible de apoyo popular interno, estos regímenes tienden ahora a hallarse aún más sensibles a los vaivenes de una emergente opinión pública, en el preciso momento en que, en la medida en que ellos están también comprometidos en genuinas reformas económicas domésticas, se han vuelto cada vez más dependientes de los talentos de grupos profesionales y ocupacionales específicos.

¿Cómo maximizar la lealtad popular y manejar las

<sup>1</sup> *Politika*, Belgrado, octubre 31, 1967.

aptitudes requeridas sin adecuar, de alguna manera, las demandas políticas que genera este mismo esfuerzo para lograr ambos objetivos? ¿Cómo acomodar a los grupos claves que han surgido (o resurgido) como participantes políticos potenciales en un contorno socio-político que ya no es susceptible de manipulación y control? La experiencia acumulada del gobierno del Partido Comunista no ofrece respuestas ya hechas. Para agravar las cosas, el problema surge contra el antecedente de lo que ha sido llamado “desradicalización doctrinal” y “erosión ideológica”; o, para ubicar el énfasis de manera algo diferente, la particularización de una ideología doctrinal que ha predicado su exigencia de legitimidad y que ha obtenido mucho de su fuerza política práctica de sus pretensiones universalistas.

No es extraño, entonces, que como resultado de todos estos factores “el papel de liderazgo del partido”, que fue una vez el punto cardinal de la ortodoxia marxista-leninista, ya no es sacrosanta en todas partes. Cuestiones fundamentales concernientes a la organización del poder político, la manera de su ejercicio y, sobre todo, la relación entre el partido y la sociedad, han empezado a ser ventiladas. La discusión de todos estos problemas, tratados aún con precaución si es que no como tabú en la Unión Soviética, se ha acelerado en Europa Oriental. Además, por lo menos algunos miembros de ciertas élites gobernantes de Europa Oriental han comenzado a expresar dudas acerca de la viabilidad del “papel de liderazgo del partido”, tal como se ha practicado tradicionalmente, prestando así su sanción implícita a la búsqueda de nuevas modalidades de organización, y quizás de nuevas fórmulas políticas.

Nada de esto fue una sorpresa particular para los que en Occidente estudian el sistema político soviético y los regímenes de partido comunista de Europa Oriental. Los mejores de ellos ya habían desechado, hacía ya algún tiempo, el modelo “totalitario”, por inadecuado, para el mejor estudio de su tema. Aunque todavía no ha surgido un acuerdo general para un enfoque analítico sustituto, se ha desarrollado en algunos centros un sentimiento de que un número de regímenes de partido comunista podrían estar enfrentando una crisis institucional de grandes proporciones. Así, con referencia específica al sistema político soviético, Zbigniew Brzezinski ha enfatizado la “urgencia” de transformar la dictadura comunista “burocrática” en un “sistema político más institucionalizado y pluralista”, y planteaba la más severa alternativa, “transformación” o “degeneración”.

Por lo que respecta a Europa Oriental (o, en ese sentido, a la misma URSS), sería posible discernir alternativas adicionales. Dejando este punto momentáneamente de lado, sería necesario que los analistas políticos centren su atención en los asuntos referentes a la adaptabilidad institucional y al cambio político tanto en el Este, como en el Oeste.

La reflexión acerca del futuro de los regímenes de partido comunista en Europa Oriental plantea un número de preguntas inmediatas y prácticas: si lo que se requiere son sistemas políticos institucionalizados pluralistas y mejores, ¿qué tipos de cambios específicos serían más adecuados para lograr ese fin? ¿Cómo pueden instituirse esos cambios?, y ¿con qué posibles consecuencias involuntarias?

Este capítulo se dirige a la relevancia que podría tener el sistema político mexicano como modelo al cual aproximarse, si es que no imitarlo, por parte de los regímenes de partido comunista de Europa Oriental, en cuanto éstos pueden llegar a enfrentarse a la realidad de reformas institucionales reales y aceptar la conveniencia de un cambio político ordenado. Cualquier comparación entre México y Europa Oriental podría parecer a primera vista tan tirada de los cabellos que no valiera la pena el esfuerzo. Sin embargo, varios científicos políticos occidentales ya han recomendado que el sistema soviético adopte rasgos específicos de la estructura institucional mexicana,<sup>3</sup> o han predicho la evolución de los procesos políticos comunistas de acuerdo a principios mexicanos.<sup>4</sup> En verdad, un teórico del desarrollo político ha ido tan lejos hasta englobar a la URSS, Polonia y Yugoslavia como ejemplos ostensibles de sistemas de “movilización” que, o se han vuelto, o están ahora en proceso de volverse “sistemas de reconciliación”.<sup>5</sup>

¿En qué medida, pues, puede ser México considerado seriamente como el futuro de Europa Oriental? La respuesta a esta pregunta requerirá una mirada más cercana a los problemas que enfrentan los regímenes de partido de Europa Oriental y su capacidad para cambios adaptativos. También el “modelo” mexicano en sí mismo requiere un examen y una evaluación. Sin

<sup>2</sup> Zbigniew K. Brzezinski, “The Soviet Political System Transformation or Degeneration”, *Problems of Communism*, xv, enero-febrero, 1966, pp. 1-15.

<sup>3</sup> Cfr., por ejemplo, Brzezinski, *op. cit.*, p. 14.

<sup>4</sup> Cfr., Frederick C. Barghoorn, *Politics in the USSR*, Boston, Little Brown, 1966, p. 215.

<sup>5</sup> David E. Apter, *The Politics of Modernization*, Chicago, The University of Chicago Press, 1965, pp. 394-396.

embargo, primero y sobre todo, exige la apreciación más completa posible de las enormes diferencias en la experiencia histórica y en la cultura política entre México, por una parte, y Europa Oriental, por la otra. Tanto el corazón como el riñón pueden ser ahora susceptibles de trasplante exitoso de un organismo a otro. Queda por ver si las instituciones y procesos desarrollados por una cultura política particular, en circunstancias históricas altamente distintivas, pueden ser efectivamente trasplantadas a otras culturas políticas en circunstancias totalmente diferentes. Pero la especulación acerca de esto no tiene sentido hasta que, y a menos que, pueda establecerse de manera más completa de lo que se ha hecho hasta ahora la relevancia del sistema mexicano unipartidista para Europa Oriental.

I. De todos los numerosos contrastes entre México y Europa Oriental, seguramente el más impactante y políticamente significativo se refiere a la naturaleza, papel y función del partido dominante. Una mirada más cercana a estos contrastes particulares servirían para tener una idea de la singularidad de la experiencia mexicana.

Para comenzar, los partidos comunistas en Europa Oriental antecedieron a la toma del poder. En verdad, a pesar del voluntarismo permisivo en ciertos aspectos de la doctrina maoísta y del existencialismo revolucionario del castrismo, el marxismo-leninismo ha postulado siempre al partido consciente, elitista, como un prerrequisito esencial tanto para la revolución triunfante como para la transformación social posrevolucionaria. Y, con la posible excepción de la Cuba de Fidel que persistentemente ha desafiado todas las ortodoxias establecidas, la teoría ha sido justificada en la práctica. En todos los otros sistemas comunistas establecidos, fue el partido el que hizo la revolución, ya sea por sus propios esfuerzos (como en Rusia, China, Yugoslavia y Albania), o ayudado y favorecido por el poder soviético (como fue el caso en Europa Oriental). Después de la toma del poder, el partido permaneció restrictivo en membresía, jerárquico en organización interna y elitista en la concepción de su misión en relación a la sociedad.

En todos estos aspectos, la situación en México fue significativamente diferente. La Revolución Mexicana no fue "hecha" por una élite consciente. Por el contrario, la Revolución Mexicana o, para ponerlo menos alegóricamente, sus legatarios, crearon un partido oficial. No lo hicieron así inmediatamente después del colapso del viejo régimen, sino después de dos décadas

completas de trastorno revolucionario y turbulencia doméstica, que habían bordeado casi en la anarquía. Los hombres que se reunieron en 1929 en Querétaro en respuesta al llamado del general Calles para fundar el Partido Nacional Revolucionario (PNR), como se llamó a la primera versión del partido mexicano dominante, no lo hicieron con la intención de moldear una organización capaz de movilizar a la sociedad para futuras transformaciones revolucionarias, sino, más bien, buscaban la más curiosa de las paradojas mexicanas, "institucionalizar" la Revolución.

Este obvio contraste inicial entre los orígenes de los sistemas de partido dominante mexicano y europeo oriental en relación a sus respectivas revoluciones, resalta más si se considera el carácter de sus alejadas "ideologías". El papel y función de la ideología marxista-leninista han estado sujetos a repetidos análisis intensivos que bastará señalar ciertas características notorias. Éstas incluyen la orientación de su acción, basada en una crítica sistematizada de la sociedad existente y un conjunto de metas futuras idealizadas.

De este modo, la ideología marxista-leninista, aunque expuesta en términos doctrinales altamente generales, ha demostrado conducir a un pensamiento programático y ha contenido guías explícitas para transformar la sociedad doméstica. Así, a su vez ha servido para equipar al partido no sólo con un sentido de una misión específica, sino también con una sensibilidad de lo que se requiere para obtenerla, o sea, una posición elitista para el partido mismo y una autonomía organizacional completa en relación a la sociedad. Finalmente, la ideología ha suministrado la legitimización esencial del dominio del partido, al menos para los ojos de su élite gobernante.

Nada aproximado a la ideología en este sentido ha existido en México. La Revolución de 1910 propagaba ciertos valores implícitos y generaba sus propios ideales, que no solamente nunca fueron sistematizados en un programa de acción, sino que eran a menudo contradictorios. Por otra parte, la Revolución comenzó por proclamar valores conservadores. En efecto, pugnaba por un retorno a los principios del gobierno constitucional propagados por los héroes liberales mexicanos del siglo XIX, principios que nunca se habían realizado por completo, pero que habían sido abiertamente transgredidos por Porfirio Díaz. (Una de tales exhortaciones, "sufragio efectivo, no reelección", permanece como un saludo obligatorio en la correspondencia oficial del gobierno mexicano hasta la fecha.) Además, la Revolución tam-

bién generó el ideal de justicia social (lema oficial común del PRI) y nacionalismo, cada uno de ellos es una exhortación a los pobres (especialmente a los indígenas) y anticipan un Estado fuerte y una política de participación como opuestos a la noción liberal clásica del Estado.

El hecho de que la Constitución de 1917 englobara conceptos liberales, tales como el derecho a la propiedad privada, y buscara prescribir remedios específicos para la injusticia social, era indicativo de la divergencia de sus fuentes de inspiración y la naturaleza contradictoria de lo que habría de pasar como "ideología" oficial.<sup>6</sup> De hecho, "con la posible excepción de una idea muy general de progreso y cambio, no existe una ideología integrada y oficial de la Revolución Mexicana".<sup>7</sup> Cualesquiera hayan sido las pérdidas en virtud de la ausencia de metas sustantivas inequívocas y del compromiso de la élite con métodos específicos o programas explícitos para alcanzar sus ideales reconocidos, han sido más que compensadas por una base de legitimación mucho más flexible, esencialmente no ideológica.

La ausencia de cualquier equivalente funcional de la ideología marxista-leninista en la cultura política mexicana dominante puede ayudar a clarificar ciertos malentendidos acerca de la ostensible fase de "movilización" de la Revolución Mexicana. Si se entiende la movilización no sólo como participación política de un tipo u otro, sino más bien como un esfuerzo consciente por parte de la élite política para manejar y definir las energías populares hacia el logro de metas sociales específicas preconcebidas, es cuestionable que México haya experimentado una fase de movilización. Cuando mucho, pueden señalarse algunas campañas bien organizadas para reunir apoyo masivo en favor de políticas gubernamentales determinadas (tal como la expropiación petrolera de Cárdenas) o para las funciones de agitación durante las elecciones presidenciales (empezando con Cárdenas) como ejemplos de socialización política. El punto es que el uso de la movilización para transformaciones sociales (como ocurrió durante el periodo de industrialización forzada y colectivización en la Unión Soviética o en versiones comparables de tal ingeniería social en Europa Oriental) han sido notables por su ausencia en México.

Esto no quiere decir que la Revolución Mexicana

<sup>6</sup> Frank Tannenbaum, *Mexico, the Struggle for Peace and Bread*, New York, Alfred A. Knopf, 1951, pp. 60-61.

<sup>7</sup> Robert E. Scott, *Mexican Government in Transition*, Urbana, The University of Illinois Press, 1959, p. 101.

no haya abierto la arena política a fuerzas sociales previamente excluidas; de hecho, sí lo hizo. El derrocamiento de Porfirio Díaz significó el fin, inesperado pero definitivo, de la concepción restrictiva tradicional de la vida política mexicana. Desató un impulso hacia la participación política por parte de "la masa de gente, que hasta entonces no había sido consultada ni considerada en las luchas libradas acerca de quién habría de gobernarlos".<sup>8</sup>

Lo ocurrido podría ser mejor descrito como una movilización espontánea, indirecta, dirigida hacia la participación popular en el proceso político. Las consecuencias inmediatas fueron, por supuesto, infortunadas: la Revolución Mexicana degeneró en una guerra civil inmediata, pero irónicamente nacionalista, que amenazaba con una desintegración nacional permanente. Más tarde tanto el esfuerzo para romper el atrincheramiento de los caciques regionales y para poner fin a la amenaza desintegradora, como el deseo de contener los actos individuales de violencia y asegurar su poder personal, fue lo que impulsó a Calles a pedir la formación de un partido nacional único, como él lo señaló, "para definir y cristalizar en instituciones" los valores de la Revolución Mexicana.<sup>9</sup>

Solamente a la luz de estos antecedentes históricos esenciales se puede comenzar a abordar los complejos problemas del rol del partido "institucional" dominante en el sistema político mexicano. No ideológico en su carácter, incluso más que restrictivo en membresía y con una estructura casi corporativista, el partido oficial ha constituido algo único y, como tal ha generado una cierta controversia acerca de su papel actual. Un especialista en política mexicana, Robert E. Scott, considera al partido oficial como el núcleo de todo el sistema político, y ha asegurado que "el proceso gubernamental real tiene lugar a través de la intervención de personas e intereses trabajando a través del partido revolucionario".<sup>10</sup> Otro especialista, Frank R. Brandenburg, rechaza esta interpretación como "claramente falaz", por cuanto considera que el partido es apenas

<sup>8</sup> Tannenbaum, *op. cit.*, p. 53.

<sup>9</sup> "Mensaje del Presidente Plutarco Elías Calles", en *Historia del Partido Oficial*, primera parte; *Política*, III, núm. 7, marzo 15, 1963, XIII (desde 1963, *Política*, una revista de noticias izquierdista bimensual, producida según el formato de la revista *Time*, ha estado publicando los textos de importantes documentos relacionados con la evolución histórica del "Partido Oficial").

<sup>10</sup> Scott, *op. cit.*, p. 9.

algo más que un arma o instrumento del gobierno.<sup>11</sup> Sin embargo, un tercero, L. Vincent Padgett, ha tratado de sintetizar estos dos puntos de vista divergentes, al sugerir que el partido funciona como “elemento significativo” en el sistema político mexicano en virtud de “facilitar las decisiones finales que emanan del círculo del presidente”.<sup>12</sup>

Cualesquiera que sean sus desacuerdos particulares acerca del papel del partido oficial en el sistema político mexicano, todos los especialistas mencionados coinciden en un punto: la enorme concentración de poder que se ha acumulado en el cargo de presidente de la República. En este punto básico existe un acuerdo unánime entre todos los estudiosos de México, incluso entre aquellos que podrían cuestionar la efectividad práctica del poder presidencial para iniciar avances importantes en la política pública.<sup>13</sup> Ya que la presidencia y el partido están envueltos en estrechas relaciones uno con otro, el proceso por el cual la primera se fortaleció hasta ser el foco de la toma de decisiones y del poder podría ofrecer claves importantes acerca del papel cambiante del partido.

Retrospectivamente, se pueden distinguir por lo menos tres etapas distintas en la evolución de esta relación: la primera fue la institución del partido oficial bajo su disfraz inicial como PNR; la segunda, la transformación de éste bajo el gobierno del presidente Cárdenas y su rebautizo durante su mandato como el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) y la tercera, la situación del partido oficial en la era post-cardenista, y en particular desde 1946, cuando fue reconstituido como Partido Revolucionario Institucional (PRI).

En la primera fase de su existencia, la relación entre el partido oficial y el gobierno nacional, incluyendo la presidencia, era problemática. Aunque se interprete la decisión de establecer un partido oficial sobre bases nacionales como algo más que una mera maniobra dictada por consideraciones tácticas momentáneas, es claro que Calles, quien presidió la fundación del PNR, concebía a éste como un instrumento para la retención de su poder personal, separado de la presidencia de la cual estaba descendiendo, y para el cual —al principio e incidentalmente— designó hombres que eran sus su-

bordinados. Dada la difusión del poder político a través del país, la construcción de una maquinaria personal sólo podría haber comenzado como una coalición suelta de caudillos regionales y locales, tanto militares como civiles, aumentada por unos pocos voceros para los principales intereses del grupo. Tal fue, en efecto, el carácter del PNR en su comienzo.

Como una alianza suelta de fuerzas basadas independientemente, el PNR dejaba mucho que desear, ya que parecía representar poco más que una contribución nominal al fortalecimiento del gobierno nacional, y por ello no ofrecía ninguna garantía real de una consolidación de Calles y su dominación personal sobre la vida política mexicana. Por lo tanto, no es sorprendente que Calles mismo se haya encargado del primer reacondicionamiento importante de la maquinaria del partido en 1932. Con la introducción simultánea de un sistema jerárquico de nominación de las convenciones y una versión modesta de la representación de grupos de intereses, él debilitó de forma significativa el control de los jefes locales y aumentando su poder personal. Irónicamente, las reformas de Calles al partido también proporcionaron un anticipo de lo que se podría lograr coordinando una maquinaria política nacional todavía más efectiva, que pronto sería usada contra él.

Tocó a Cárdenas, el candidato escogido por Calles a la presidencia en 1934, construir sobre las bases que habían sido puestas por el ostensible hombre fuerte de la nación y realzar el poder del cargo oficial más alto. La deposición personal de Cárdenas sobre Calles no puede ser atribuida solamente a la fuerza de su personalidad política o a la popularidad de sus políticas; indudablemente, estos factores eran importantes, pero el éxito de Cárdenas se debió en mayor medida a su consumada habilidad para utilizar la base del poder y los recursos políticos concomitantes disponibles únicamente para él como presidente, y que excedían en mucho a los que dirigía Calles como jefe del partido. En particular, Cárdenas empleó las facultades del cargo presidencial para activar a fuerzas sociales dormidas, reorganizar moribundos grupos de intereses y encontrar otros nuevos.

Algunos de los elementos de apoyo que Cárdenas reunió en torno a su administración, fueron introducidos a través del PNR, en tanto que otros permanecieron fuera de la estructura formal de éste. El efecto fue doble: en primer lugar, se expandió la pertenencia masiva del PNR, y así su fuerza centrípeta fue fuertemente fortalecida. Pero además, de manera más importante, la activación de grupos sociales para apoyar la

<sup>11</sup> Frank Brandenburg, *The Making of Modern Mexico*, Englewood Cliffs, N. Y., Prentice Hall, 1964, p. 144.

<sup>12</sup> L. Vincent Padgett, *The Mexican Political System*, Boston, Houghton Mifflin, 1966, p. 48.

<sup>13</sup> Sobre el último punto, ver Raymond Vernon, *The Dilemma of Mexico's Development*, Cambridge, Harvard University Press, 1963.

administración de Cárdenas contribuyó a ensanchar la base popular de la presidencia misma a costa del partido. Cuando ocurrió el quiebre inevitable entre Cárdenas y Calles, el resultado era la conclusión prevista: Calles estaba excedido y sobrepasado, y fue expulsado de México sin ceremonias. Por lo tanto, la caída de Calles puede ser vista como una señal de la transición entre la primera y la segunda etapas en la evolución de la relación entre la presidencia y el partido.

En su periodo posterior, Cárdenas enfrentó el problema práctico de cómo consolidar el sistema político que su propia administración había puesto en movimiento. La única posibilidad que consideró seriamente involucraba la formación de un frente popular, modelado según la experiencia de Francia e Italia a mitad de la década de los 30's —lo que sugiere cuán lejos estaba México en ese momento de aceptar un partido oficial totalmente inclusivo, la legítima expresión política de la Revolución. Cualquiera que haya sido la noción del Frente Popular no concordaba con las realidades sociopolíticas del país, su institución había sido muy difícil y se le oponían importantes elementos en el ejército.

En su lugar, Cárdenas optó por la “democracia funcional”, que en la práctica significaba una reorganización del partido de acuerdo a líneas corporativistas. Tal como se reconstituyó formalmente en 1938, el PNR encarnaba una versión extrema de los principios básicos por los cuales se había conocido al sistema político mexicano hasta entonces, o sea, la organización funcional de la vida política bajo el escudo de un único partido “oficial”, consistente en sectores sociales distintos, cada uno abarcando su propio enjambre de grupos de interés afiliados con cada sector autorizado a hacer demandas sobre su propia participación en el destino público, y con voz en la política pública en defensa de su composición socioeconómica. Así, las innovaciones de Cárdenas complementaron de manera efectiva la identificación entre el partido dominante y el gobierno nacional y dejaron a la presidencia como la palanca esencial en todo el sistema político.

En tanto que el desarrollo en la tercera y presente etapa ha conservado el “centralismo corporativo” instituido por Cárdenas, el énfasis se ha desplazado de los elementos “corporativos” a los “centralistas”. Los sectores básicos del partido, tres en número (agrícola, laboral y popular), siguiendo la eliminación en 1940 de un sector militar separado, han sido hasta cierto punto reducidos en significación, y el balance entre ellos ha

tendido a favorecer al sector popular. En ciertos aspectos, estos cambios no han ido tan lejos como se contemplaba en 1946 cuando el PRI remplazó al PRM.

En esa época, el sistema de sectores parecía ir declinando en importancia para cualquier propósito, salvo aquellos de la articulación formal de las subdivisiones organizacionales del partido. Sin embargo, un experimento dirigido a impulsar una mayor participación política a través de la sustitución de elecciones primarias del partido para la selección de candidatos para cargos públicos por la distribución sectorial, provocó insatisfacción en algunos afiliados al PRI que serían afectados, y tuvo que ser remplazado por una versión modificada de las prácticas originales basada en los sectores. El efecto neto de los cambios más recientes en la práctica del partido parecía ser un reforzamiento del papel de la jerarquía central de éste, y, puesto que las posiciones en la cúspide de la organización nacional del PRI son ocupadas por el favor del presidente en ejercicio, la consecuencia ha sido ligar al partido aún más estrechamente al gobierno nacional a través de la presidencia.

La evolución del partido oficial desde una coalición suelta de caudillos —unidos por poco más que una fidelidad jurada a los “ideales” de la Revolución Mexicana—, a una organización del gobierno nacional bastante centralizada, casi corporativista, y parcialmente autónoma, refleja los sesgos no ideológicos de la cultura política mexicana así como el carácter pragmático de la evolución histórica del país desde la Revolución. Mientras que podría ser posible la existencia de una organización partidaria más autónoma, un papel elitista para el partido sobre el gobierno nacional habría sido incongruente, y lo más probable, irrealizable.

En México, la experiencia histórica ha contribuido de manera importante a la expectativa de un gobierno personalista; como resultado, el partido oficial mexicano, carente de un sentido de misión especial ideológicamente inspirado del tipo que ha animado a los partidos comunistas, fue desde el comienzo privado de cualquier base realmente efectiva sobre la cual pudiera intentar asegurar un “papel de liderazgo” para sí mismo como una organización burocrática impersonal. Además de estar constituido como una estructura cuasi corporativista que envuelve muchas fuerzas sociales divergentes, el partido nunca tuvo la oportunidad de surgir como una fuerza social distintiva importante por sí misma.

Por otra parte, debido a que el partido dominante

mexicano emplea funcionarios de tiempo completo, puede hablarse de la existencia de un aparato partidario y, aun, de diferencias reales en perspectiva y tensiones recurrentes entre los políticos profesionales (políticos) con su base en el partido oficial y miembros de la élite administrativa nacional (técnicos). Mas en el sistema político mexicano no hay nada que se aproxime a un *aparato* partidario, en el sentido en que el término se aplica en el contexto de la experiencia de los sistemas políticos comunistas, donde el *aparato* del partido ha funcionado como un “interés creado” poderoso, y —como se señalará subsecuentemente—, también constituye un obstáculo importante para reformas políticas reales.

Por consiguiente, podría argumentarse que, dados los ideales particulares y los valores proclamados de la Revolución Mexicana y el papel imperfectamente definido, pero todavía básicamente subordinado de los funcionarios del partido dominante en el sistema político mexicano, los profesionales mexicanos del partido han tendido a ser mucho más reformistas que sus contrapartes en Europa Oriental.

Por todas sus particularidades, el sistema político mexicano ha prestado dos servicios históricos importantes: primero, el partido oficial ha constituido un campo para la expresión de grupos de interés ya que ha funcionado de acuerdo a principios oficiales, y ha ofrecido mecanismos para la resolución de conflictos sociales; y segundo, y de manera más importante aún, el partido ha dotado a todo el sistema político mexicano de legitimidad y estabilidad, y le ha provisto de una instrumentalidad para la reafirmación periódica de apoyo popular. En particular, ha aumentado el poder y realizado el papel de la presidencia. Refinando las técnicas empleadas por las organizaciones partidarias anteriores, el PRI ha ayudado a conferir a los jefes sucesivos del ejecutivo una amplia dosis del personalismo inherente en la cultura política tradicional, y ha alentado la identificación de la personalidad política del presidente con los ideales de la Revolución Mexicana. Así, al reforzar a la presidencia, tanto práctica como simbólicamente, el partido oficial ha contribuido significativamente a la integración nacional de México, lo cual no es un logro sin importancia, si se consideran las realidades del regionalismo y localismo en el país y se recuerdan las amenazas de desintegración política en los años posteriores a la Revolución.

El conocimiento de estos logros no debe llevar a diseñar los defectos del sistema político mexicano tal como opera generalmente, y mucho menos tomar su

realidad futura como algo ya sentado; éstos son problemas a los cuales este capítulo retornará después. Por el momento, sin embargo, es importante señalar el éxito del sistema al institucionalizar tanto un campo para la mediación de grupos de intereses, como un jefe del ejecutivo dotado de legitimidad y estabilidad, precisamente porque son estas conquistas, más que cualesquiera otras, las que son sostenidas invariablemente por los protagonistas occidentales de un “futuro” mexicano para Europa Oriental.<sup>14</sup> Por esa misma razón, antes de volver a una consideración de Europa Oriental, es importante hacer aquí unas observaciones preliminares acerca de cómo funciona en la actualidad el sistema mexicano en relación tanto al juego de intereses como a la selección de los jefes del ejecutivo.

En el caso de las fuerzas sociales y los grupos de intereses, el papel del partido oficial, aunque importante, está lejos de ser exhaustivo. Sería erróneo ver al PRI exclusivamente como el único o aun necesariamente el más importante “agregado de intereses”, y no menos inadecuado, ver toda la política pública como el resultado necesario de un proceso de negociación entre varios sectores del partido oficial o entre las asociaciones grupales de interés afiliadas a éste.<sup>15</sup> Tampoco se rectificaría el cuadro considerando a partidos menores tales como el PAN, PPS y PARM. Las realidades de la vida política mexicana actual desafían las categorizaciones nítidas a lo largo de las líneas de estructuras organizacionales partidarias. Intereses importantes, y en ocasiones, individuos poderosos, pueden jugar un cierto papel en el proceso de hacer política, independientemente de si están registrados de manera formal en cuadros partidarios organizacionales. Su influencia dependerá del grado de acceso directo que puedan lograr a la burocracia gubernamental, incluso hasta el cargo de jefe del ejecutivo.<sup>16</sup> Esta institucionalización imperfecta de intereses e influencia puede servir para mejorar la capacidad de la administración nacional para hacer política, o puede restringirla, dependiendo de la acción recíproca de factores particulares en cualquier situación dada que incluyen en asuntos políticos principales, la energía del presidente mismo.

<sup>14</sup> Cf. Brzezinski, *op. cit.*, especialmente, pp. 14-15.

<sup>15</sup> Esta interpretación simplista, pero esencialmente engañosa, se encuentra virtualmente en casi todos los enfoques apologeticos del sistema mexicano. Para tal enfoque, ver Martin C. Needler, “The Political Development of Mexico”, *The American Political Science Review*, LV, núm. 2, junio 1961, pp. 308-312.

<sup>16</sup> Robert J. Shafer, *México, Mutual Adjustment Planning*, Syracuse, Syracuse University Press, 1966, *passim*.

Con este encadenamiento, el sistema de sucesión presidencial resulta ser de obvia relevancia. En tanto que se han ocultado los detalles específicos referentes a la actual selección de nominados, es de suponerse que las reglas del PRI que rigen la nominación al más alto cargo no relatan la historia completa en la que está involucrado.<sup>17</sup> Puede darse por sentado el papel central del presidente en ejercicio para seleccionar a su sucesor, pero al reducir la selección y hacer la decisión final, él está obligado a tomar en cuenta la opinión de otros en un proceso consultivo informal y comparable, quizás, al del empleado en asuntos importantes de política pública. En lo concerniente a la sucesión presidencial, los voceros de grupos de intereses importantes y fuerzas sociales —formalmente afiliados o no al partido oficial— pueden ser “integrados”, como también pueden serlo, en realidad, líderes de otros partidos políticos, al menos en la medida de que gocen de excesiva adhesión popular a sus logros electorales nominales.

El resultado de este proceso consultivo nominal ha sido el de dotar a la presidencia —y de este modo a todo el sistema político— de mayor legitimidad. Sin embargo, no garantiza que el hombre que surja como nominado del PRI y se transforme por lo tanto en presidente de la República posea los rasgos personales, ni siquiera las sólidas bases de apoyo político necesarias para el tipo de liderazgo integrativo e innovador que algunos observadores piensan que es esencial para el sistema político soviético, los regímenes de Europa Oriental y, de paso, según algunos críticos, para México mismo.

II. Dejando de lado su origen idiosincrático, su evolución y funcionamiento, el desempeño del sistema político mexicano hasta la fecha puede ser perfectamente captado como una manifestación veraz de un dominio unipartidista establecido. Por lo tanto, la pregunta acerca de si el sistema político mexicano tiene algo que “ofrecer” a los regímenes comunistas de Europa Oriental —en cuanto ellos intentan ajustarse a la fase post-revolucionaria de su propia existencia—, puede ser aceptada como una interrogación legítima. Mas tratar de forma adecuada esta pregunta, supone, realizar un examen de los problemas que enfrentan en nuestros días estos regímenes a la luz del carácter inicial y el destino poste-

<sup>17</sup> Padgett, sin embargo, enfatiza un punto ligeramente diferente. En tanto que admite la presencia del “factor arbitrario”, tiende a sostener que “el proceso (de nominación) descrito en las reglas (del partido) es usualmente seguido, aun cuando esto no elimina las situaciones en que se toman decisiones hacia candidatos con credenciales inferiores a las de sus rivales”. Padgett, *op. cit.*, p. 59.

rior de la revolución europea oriental misma. En una cultura política históricamente afinada como la del comunismo internacional, las recriminaciones arraigadas en el pasado tienden a informar y exacerbar la política del presente. Y aun si ése no fuera el caso, la adaptación institucional y el cambio político no han ocurrido nunca en un vacío histórico.

Cuando se recuerdan los rasgos característicos del sistema revolucionario unipartidista desarrollados en Europa Oriental durante la última etapa de los 40's y principios de los 50's es sorprendente cuán bien parecían ejemplificar el “síndrome” típico de la dictadura totalitaria, tal como fue expuesto ese modelo por los cientistas políticos occidentales.<sup>18</sup> A través de toda la región, el partido se encontraba altamente disciplinado, jerárquicamente organizado, definido por un liderazgo autocrático y en total posesión de todas las fuentes de poder socioeconómico.

Animado por una ideología orientada a la acción, desalentadora, que tanto proponía metas como identificaba enemigos, el sistema revolucionario unipartidista en Europa Oriental empleaba la disolución y el terror en un esfuerzo por atomizar a la sociedad y lograr la reconstrucción prescrita. En todas partes de Europa Oriental, una vez que se proclamó abiertamente la “dictadura del proletariado”, las fuerzas sociales competitivas fueron mutiladas y las instituciones representativas locales, despojadas de cualquier significación real. En cuanto al énfasis otorgado a las organizaciones de masas, éstas funcionaron como “cadenas de transmisión” desde el partido hacia la población, y, como tales, proveyeron de un instrumento flexible para campañas periódicas de movilizaciones masivas y un campo conveniente para ejercicios manipulados de pseudo-participación. Las burocracias administrativas, aunque mucho más numerosas, estaban sujetas a una interpenetración intensiva por parte de redes de control policial y del partido, hasta el punto de perder los últimos vestigios de autonomía funcional, e incidentalmente declinar, en la calidad de su desempeño.

En su conjunto, la sociedad doméstica de Europa Oriental estaba agudamente dividida, de acuerdo al precepto ideológico de “lucha de clases intensificada”,

<sup>18</sup> Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, segunda edición revisada por Friedrich, New York, Frederick A. Praeger, 1965. Para un intento de actualizar en análisis original en términos de desarrollos más recientes, ver Carl J. Friedrich, “Totalitarianism: Recent Trends”, *Problems of Communism*, xvii, mayo-junio 1968, pp. 32-43.

que connotaba las condiciones de violencia organizada que acompañaban el inicio de prodigiosos programas de transformación social como fueron la construcción forzada de una industria pesada y la colectivización de la agricultura.

Si esto fuera todo lo que tipificaba a los sistemas unipartidistas en su fase revolucionaria, no habría necesidad de detenerse sobre los rasgos característicos del asunto, excepto quizá para enfatizar una vez más su divergencia con la experiencia mexicana. Para los sistemas unipartidistas de Europa Oriental, era de gran importancia una *condición* esencial que acompañaba la articulación de sus rasgos revolucionarios, la de que —con la excepción parcial pero notable de Yugoslavia, y en un aspecto algo diferente, Albania—, la revolución europeo-oriental vino no sólo desde arriba sino también desde afuera. Además, el papel de la Unión Soviética en la revolución de Europa Oriental, crucial como fue, produjo ciertas consecuencias notorias inmediatas y también trajo implicaciones de mayor alcance.

En primera instancia, la matriz soviética del sistema revolucionario unipartidista en Europa Oriental afectó vitalmente el carácter del liderazgo ruso. Lejos de constituir los cuerpos políticos autónomos implícitos típicamente en la noción misma de “partido gobernante” en un sistema revolucionario unipartidista, los partidos gobernantes de Europa Oriental fueron reducidos al poco envidiable status de “partidos totalitarios derivados”<sup>19</sup> o sea, meros apéndices del CPSU. Si antes de la purga de elementos “titoístas” que siguió a la excomunión de Tito por parte de Stalin en 1948, los signos de creatividad revolucionaria, habían sido altamente sospechosos, después eran equivalentes a una invitación a la liquidación. Aun un intento revolucionario tan modesto en la improvisación revolucionaria como el “domesticismo” —la proclividad natural de ajustar lo mejor posible las perspectivas revolucionarias para tratar con situaciones domésticas distintivas—,<sup>20</sup> cayó víctima de la adopción mecánica del modelo soviético de “construcción del socialismo”, con escasa consideración a su aplicabilidad bajo condiciones nacionales diferentes.<sup>21</sup>

<sup>19</sup> La frase “partidos totalitarios derivativos” es de Richard Lowenthal y ha sido aplicada por él a los partidos no-gubernamentales bajo el control estalinista del movimiento internacional. Ver de Lowenthal *World Communism*, New York, Oxford University Press, 1966, p. 240.

<sup>20</sup> Para una definición y discusión del fenómeno de “domesticidad”, ver Zbigniew H. Brzezinski, *The Soviet Block: Unity and Conflict*, ed. revisada, Cambridge, Harvard University Press, 1967, pp. 51-58.

<sup>21</sup> Para estar seguros, aún después de 1948-1949, los procesos internos y la política doméstica de los estados satélites

En realidad, la implementación del modelo soviético dictaba a menudo algo similar al nihilismo en asuntos de cultura nacional. Negando todos los impulsos particularistas, estaban los imperativos de la ideología del Soviet Comunista, o, para ser más precisos, el marxismo-leninismo-stalinismo, como se conocía a la ideología en esos días. Con el acento puesto de manera tan fuerte en el stanilismo, es apenas sorprendente que los ideólogos profesionales tuvieran tan escasa oferta dentro de las élites gobernantes europeo-orientales, y fueran poco requeridos para expresar cualquier exigencia especial sobre la legitimidad del régimen. Sólo en Yugoslavia, donde después de 1948 el régimen de Tito enfrentó la necesidad de justificar su aislada existencia, la situación fue diferente, siendo éste el caso de la excepción que confirmó la regla.

No es extraño, entonces, que bajo tales circunstancias estuviera ausente de todas partes, excepto en Yugoslavia, un liderazgo carismático genuino, o que el intento de dotar a los liderazgos de Europa Oriental de un tipo de carisma derivado y fundado en la personalidad de Stalin haya fallado. Fiel al estilo de tratamiento que otorgaba a sus subalternos dentro de la Unión Soviética, Stalin sabía bien cómo desviar los signos de su favor personal y lograr institucionalizar la inseguridad en las élites satélites. El resultado fue un liderazgo burocrático, condicionado a y dependiente de las órdenes de Moscú, dirigido por hombres extraídos principalmente de la clase trabajadora y con antecedentes de clase media baja, quienes han sido descritos muy bien como “rudos, ingeniosos, indiferentes intelectualmente, y supremos ejecutores oportunistas de la revolución”.<sup>22</sup>

Esto no quiere decir que los “nosotros” de la revolución europeo-oriental fueran solamente “rudos”, “ingeniosos” y “oportunistas”. Y aquí podría sugerirse un punto inmediato de comparación con la experiencia mexicana, el cual, si no se aprecia con cuidado, puede llevar a dejar de tomar en cuenta la psicología distintiva de importantes elementos de apoyo social en el sistema unipartidista revolucionario de Europa Orien-

no eran susceptibles de una total coordinación hasta el último detalle. Dos de ellos, Polonia y Rumanía, se las arreglaron para mantener una pequeña medida de lo que podría ser denominado “autonomía marginal” en la implementación de su política; un tercero, Bulgaria, al ser más estalinista que Stalin, puede decirse que ha practicado un tipo de “autonomía invertida”. Ver Brzezinski, *The Soviet Block*, p. 146.

<sup>22</sup> Andrew Gyorgy, “The Internal Political Order”, en Stephen Fischer Galati, ed., *Eastern Europe in the Cities*, New York, Frederick A. Praeger, 1963, p. 165.

tal. Este apoyo incluía a ciertos miembros de la *intelligentzia* que fueron seducidos por el fenómeno del poder total aplicado para propósitos de cambio social, y dotados de recompensas materiales, y también a segmentos de la nueva clase urbana industrial que estaban comparablemente favorecidos con un nivel de principios materiales y la promesa de obtener "más" una vez que se hubiera logrado el "socialismo". Todos esos elementos estaban unidos con la élite del partido y su *apparatchiki* en una ideología común de legitimidad del régimen.

No era solamente una ideología revolucionaria explícita lo que sostenía su alianza común, sino más bien dos componentes específicos de esa ideología. El primero de éstos era el compromiso con el "internacionalismo proletario". En la práctica, esto significaba nada menos que la lealtad incondicional a la Unión Soviética, pero la aceptación de este compromiso tan oneroso y aparentemente improbable se facilitaba en gran medida tanto por la genuina admiración por los logros soviéticos en la "construcción del socialismo", como por el temor real ante la naturaleza impositiva de la Unión Soviética. El segundo elemento, no menos importante, era el "stalinismo" en sí mismo. La práctica oficial impulsaba de manera creciente el culto de la personalidad de Stalin hasta un punto de deificación, más la magnitud alcanzada por ésta no era tan importante, ya que la adulación del líder soviético servía para fraguar un sentido de identificación personal con Stalin, el hombre detrás del "ismo", fuente y símbolo de victorias revolucionarias.

Las manifestaciones de apoyo psicológico al "internacionalismo proletario" y al "stalinismo" a través de Europa Oriental eran numerosas, pero el fenómeno nunca fue más ilustrativo e impactante que en el Congreso del partido yugoslavo, en julio de 1948, llamado a ratificar el desafío del partido yugoslavo a la revolución anti-Tito del Cominform, en la cual Tito proclamó: "¡Larga vida a la Unión Soviética! ¡Larga vida a Stalin!", y los delegados repitieron el estribillo, "Stalin, Tito, partido", en ese orden.<sup>23</sup>

Desde una visión global, la ausencia de una autonomía real del partido, en todas partes salvo en Yugoslavia, y la base psicológica de legitimidad del régimen

<sup>23</sup> Vladimir Dedijer, *Tito Speaks*, London, Weindenfeld and Nicholson, 1953, p. 381. Para una buena discusión del impacto sociológico que tuvo la comunión de Stalin en la élite yugoslava en ese momento, ver Adam B. Ulam, *Titoism and Cominform*, Cambridge, Harvard University Press, 1952, *Pasim*.

internacionalista-personalista durante la fase stalinista del poder comunista en Europa Oriental, ayudaron a iluminar las más profundas raíces de la principal crisis política que surgió en el área poco después de la muerte del dictador soviético. Es claro que los sucesos trascendentales de 1956 no pueden ser sólo atribuidos a un relajamiento errado del control soviético después del desaparecimiento de Stalin; sino que también, los sucesores del dictador soviético de inmediato se dispusieron a mejorar las consecuencias del dominio de aquél tanto externa como internamente. Entre otras cosas, aceptaron la autonomía doméstica en aquellos lugares donde, a pesar de los esfuerzos de Stalin, había sido establecida: Yugoslavia y China. Además, reconociendo los costos socioeconómicos de la transformación revolucionaria en Europa Oriental, y comprensiblemente deseosos de que los partidos gobernantes ensanchasen su estrecha base de apoyo popular, Moscú hizo un llamado para el relajamiento de la marcha revolucionaria y los peores rasgos del terrorífico control policial.

Aun así, estos desarrollos, por sí mismos, no debían haber precipitado una crisis política importante. Pero, como ha señalado Richard Lowenthal, cualquier explicación de la crisis de mediados de los 50's debe tomar en cuenta la convergencia de este relajamiento con una "triple crisis de autoridad", que comprendía las revelaciones de Khrushchev y el repudio de los crímenes de Stalin, la involucración anterior de muchos jefes de satélites en la fase anti-Tito de estos crímenes, y la incertidumbre de la crisis de sucesión en la Unión Soviética misma.<sup>24</sup>

En otras palabras, no sólo falló el núcleo soviético de los sistemas unipartidistas revolucionarios europeo-orientales para producir un nuevo líder capaz de reemplazar a Stalin como foco de lealtad personal; sino que, al denunciar a éste, destruyó sin saberlo un componente crucial de la legitimación de la revolución de Europa Oriental, retornando a ejecutores muy vulnerables a las recriminaciones populares y reforzando aún más esos resultados, al actuar para refrenar los instintos inculcados en las élites de Europa Oriental, y cuestionar seriamente los métodos establecidos del gobierno. Habría sido en verdad asombroso si todo esto, a su vez, no hubiera liberado corrientes bastante dañinas al compo-

<sup>24</sup> Richard Lowenthal, "Schism Among the Faithful", en *Problems of Communism*, xi (enero-febrero 1962); Cfr. también Melvin Croan, "Communist International Relations", en Walter Laqueur y Leopold Labedz, eds., *Polycentrism*, New York, Frederick A. Praeger, 1962, pp. 9-19.

nente internacionalista de la legitimidad del régimen en Europa Oriental. Aunque las consecuencias inmediatas variaron de país a país, dondequiera que se abrieron hendiduras dentro de la élite gobernante, resucitaron fuerzas sociales que articularon el descontento de las masas y las quejas populares, amenazando la estabilidad e incluso la supervivencia del gobierno unipartidista. En 1956, fue Hungría la que proporcionó el ejemplo más dramático de la ligazón entre lo que Paul Kecskemeti ha definido como un proceso "elitario" de confusión y un proceso "masivo" de descontento, necesitando la intervención de la armada soviética para salvar a un sistema revolucionario unipartidista que estaba al borde de la desintegración total.<sup>25</sup>

Paradójicamente, los sucesos de 1956 agravaron más el problema de la institucionalización del gobierno doméstico unipartidista, y al mismo tiempo hicieron improbable en alto grado cualquier solución práctica inmediata del problema.

El momento histórico era, en sí mismo, poco propicio para una experimentación novedosa destinada a acomodar las fuerzas sociales resurgentes, cuya demostrada impaciencia —que las élites comunistas tenían buenos motivos para suponer— podría ser acomodada sólo a riesgo de un debilitamiento, si es que no de un derrocamiento del dominio del partido mismo. Además, el imperativo principal del momento —al menos, tal como lo veía Khrushchev— llamaba a institucionalizar la unidad comunista internacional, y la fórmula que él proponía contenía elementos cruciales, que tendían a inhibir la emergencia de regímenes comunistas domésticos más pluralistas, mejor institucionalizados.

El énfasis de Khrushchev en los lazos ideológicos de la unidad internacional suponía una renovación del marxismo-leninismo no sólo en la teoría sino también en la práctica, y esta última consideración implicaba una reanudación en la transformación revolucionaria de la sociedad doméstica. Así, sin renunciar ni a los principios de autonomía doméstica ni a la posibilidad de una diversidad institucional, Khrushchev se esforzó por ganar la aceptación de limitaciones concretas, con el interés y la fidelidad en un rumbo común único al socialismo, el señalado por la Unión Soviética.

Al principio, los esfuerzos reconstruccionistas de Khrushchev posteriores a 1956 fueron apoyados por un mutuo alineamiento de intereses entre el liderazgo so-

<sup>25</sup> Paul Kecskemeti, *The Unexpected Revolution*, Stanford, Stanford University Press, 1961.

viético y las élites políticas de Europa Oriental, basado en su antipatía común al revisionismo ideológico que parecía amenazar a las dictaduras domésticas en todas partes dentro de Europa Oriental, como también a la hegemonía soviética sobre el área. Gomułka debió haber abrigado ciertas reservas acerca de las implicaciones del alineamiento, pero Tito se mantuvo alejado de éste. Combatiendo en ese mismo momento a sus propios revisionistas internos, Tito rehusó firmar en 1957 la Declaración de Moscú que reconocía el liderazgo soviético, con lo que buscaba justificar su rumbo separatista durante el programa del partido yugoslavo en 1958. Como resultado, Yugoslavia se volvió un blanco principal en la campaña anti-revisionista, y con ello cualquier gestión práctica que hubiera podido brindar a los otros liderazgos de Europa Oriental fue automáticamente desechada.<sup>26</sup>

Sin embargo, dadas las tendencias mezcladas, y en el fondo contradictorias de la era de Khrushchev, el período de fines de los 50's y principios de los 60's contempló no sólo los intentos de resumir las transformaciones revolucionarias de la sociedad doméstica, sino también los primeros pasos tentativos en la dirección de gobiernos unipartidistas establecidos en Europa Oriental. Esto último era, por supuesto, más notable en la Polonia de Gomułka. Aun tratando con dureza a las fuerzas sociales (especialmente a la *intelligentzia* crítica) que habían facilitado su propio retorno al poder en brazos de una oposición soviética inicial, y haciéndolo de manera de imprimir cada vez más a su régimen el carácter de "no liberal", Gomułka instituyó, sin embargo, reformas limitadas destinadas a fomentar una mayor participación popular en el gobierno local y un papel algo más activo para el Parlamento nacional, el *Sejm*. Esto, a su vez, creó cierto margen considerable para la actividad de otros grupos políticos, aunque la esencia del control del partido no disminuyó de forma significativa.

Más sorprendentemente aún, a pesar del énfasis soviético en la deseabilidad de la colectivización agrícola, el régimen de Gomułka aceptó el colapso de la colectivización polaca —ocurrido en 1956—, y no demostró mayor interés particular para una nueva embestida re-

<sup>26</sup> La influencia de los consejos obreros yugoslavos fue significativa en un momento, pero disminuyó notoriamente después que los soviets de trabajadores húngaros desempeñaron un rol tan importante en la revuelta de 1956. Durante su visita a Yugoslavia en 1963, Khrushchev señaló que los consejos yugoslavos ameritaban estudio, pero sus comentarios no aparecieron en la prensa soviética. John C. Campbell, *Tito's Separate Road*, New York, Harper and Row, 1967, p. 133.

volucionaria en contra del campo. La justificación aducida sobre el estancamiento del gobierno del partido —la cual estaba en el corazón del distintivo “camino al socialismo” polaco—, fue realizada tanto en términos de exhortaciones geopolíticas-nacionalistas tradicionales como en términos de la ideología marxista-leninista.<sup>27</sup>

En otras partes de Europa Oriental el énfasis fue diferente. Aunque la embestida revolucionaria del partido contra la sociedad, como había ocurrido en el periodo de Stalin, no era ni aconsejable ni necesaria, los esfuerzos revolucionarios debían seguir su curso. A través del empleo de diversos grados de persuasión y fuerza bruta, se logró la colectivización agrícola más o menos completa, primero en Bulgaria (1957), luego en Checoslovaquia (1959), en seguida en Alemania Oriental (1960), y finalmente, en Rumania y Hungría (1961-2). A fines de los 50's, el desarrollo industrial pesado, de acuerdo a líneas que recordaban el orden stalinista de prioridades económicas, dominaba la planeación económica en Checoslovaquia, Hungría, Alemania Oriental y por supuesto, Rumania.

Bajo el estandarte chino, de “un gran salto adelante”, Bulgaria se lanzó en un esfuerzo verdaderamente ambicioso, aunque mal concebido, de movilización revolucionaria. Alemania Oriental proclamó su intención de “alcanzar y sobrepasar” a la República Federal Alemana en desarrollo económico. En 1958, su liderazgo instituyó una “revolución cultural” (bajo una supervisión del partido mucho más estrecha que el levantamiento posterior que llevó un nombre similar en China) y, durante algunos meses después de la erección del Muro de Berlín en 1961, retornó a prácticas terroristas que parecían volver al partido de forma irrevocable en contra de la sociedad. En Checoslovaquia, el término exitoso de la colectivización agrícola, junto a avances importantes de la socialización de las profesiones y la expropiación de pequeños comerciantes, culminó en la promulgación de la constitución de 1960 que proclamó a Checoslovaquia como un estado socialista acabado.

Por más que sus aspiraciones puedan haber estado equiparadas con las perspectivas a corto plazo de las élites europeo-orientales en términos de sus propios intereses, el deseo manifiesto de Khrushchev de que todos los estados comunistas de Europa Oriental siguiesen la lucha adelante según las líneas recomendadas por la experiencia soviética fue condenado a un fracaso. Con

<sup>27</sup> Cfr. Adam Bromke, *Poland's Politics: Idealism vs. Realism*, Cambridge, Harvard University Press, 1967.

una visión retrospectiva, es claro que el ideal de Khrushchev cayó víctima, no tanto por su incompatibilidad básica y su buena voluntad de conceder cierto margen para la autonomía doméstica y la diversidad institucional, sino por la erosión gradual de la autoridad política de la Unión Soviética en el curso de su prolongado e irresoluto conflicto con China. La repercusión de la disputa chino-soviética, la sustitución de Albania de la tutela de Pekín por la de Moscú, y la estudiada auto-defensa de Rumania, son demasiado bien conocidas como para requerir una recapitulación aquí.

El firme, aunque desigual proceso de desatelerización ofreció libertades sin precedentes para reformas políticas internas a través de Europa Oriental en su conjunto, aunque, por supuesto, no garantizaba que las élites gobernantes dominantes separadas consideraran adecuado lanzarse en ese rumbo.

Dondequiera que tales esfuerzos fueron contemplados con seriedad pudieron, como lo señalaron rápida y repetidamente los críticos chinos de Khrushchev, inspirarse en algunos principios de este último. Porque al tratar de revivir perspectivas ideológicas sobre los puntos esenciales del camino más adecuado al socialismo y la construcción del comunismo total —rechazando primero la doctrina de Stalin de la intensificación de la lucha de clases e introduciendo posteriormente el concepto de “el estado de todos”—, Khrushchev contribuyó con una justificación doctrinal muy significativa a cualquier intento futuro de transición de un sistema revolucionario a un sistema unipartidista establecido.

Fue bajo tal plan ideológico que un Kadar pudo lanzarse hacia políticas dirigidas a una reconciliación entre el partido y la población húngara, o un Lakatos, en la atmósfera básicamente restrictiva de Checoslovaquia bajo Novotny, llamar la atención sobre la persistencia de los intereses de grupo bajo el socialismo y la necesidad de encontrar los mecanismos institucionales adecuados para reconciliarlos.<sup>28</sup> Con la introducción de varios esquemas nacionales tendientes a realizar minuciosas reformas económicas, a mediados y fines de los 60's, todos estos problemas y un cúmulo de asuntos relacionados con éstos se han convertido cada vez más en locales.

<sup>28</sup> M. Lakatos, “On Certain Problems of the structure of our Political Systems”; *Praevny Obzor*, Bratislava, I, 1965, y “Some Problems of Socialist Democracy from the Viewpoint of the Citizen's Position in our Society”, *Praevny Obzor*, III, 1966. Para una discusión general y análisis, ver H. Gordon Skilling, *Interest Groups and Communist politics*, *World Politics*, XVIII, núm. 3, abril 1966, pp. 435-451.

Puede decirse ahora que en todas partes de Europa Oriental —con la excepción del caso especial de Albania— los sistemas revolucionarios unipartidistas instalados inicialmente bajo el amparo soviético, y adecuadamente reconstruidos bajo la menguante influencia soviética han llegado a su eclipse final. Sin embargo, no hay seguridad aún sobre si dado el legado de la experiencia revolucionaria en ciertos países, se pueden establecer regímenes mejor institucionalizados y más pluralistas, como alternativas viables. Al reflexionar sobre los amplios perfiles de los antecedentes y el desarrollo de los sistemas unipartidistas de Europa Oriental hasta la fecha, es difícil sentir gran confianza acerca de la posibilidad de un resultado exitoso. Lo que un especialista en Europa Oriental ha calificado de pura “entrega histórica”,<sup>29</sup> bien puede servir para legitimar un dominio partidario relativamente estancado, reforzado por el mínimo necesario de control policiaco y sin embargo, generador de un poco de bienestar económico y aun de un mejoramiento gradual en el nivel de vida. A pesar de ello, ese único factor no puede garantizar la adaptación institucional eficaz a nuevas condiciones sociales, ni excluir la posibilidad de una inestabilidad política seria después de reformas institucionales mayores. En realidad, al desatar una serie de consecuencias políticas imprevisibles, estas mismas reformas, en la medida en que demuestren ser genuinas, pueden contribuir para desequilibrar cualquier significado anterior de la “entrega histórica”.

III. Tal como se señaló al comienzo de este capítulo, varios aspectos del problema básico de cómo institucionalizar mejor el dominio unipartidario forjado en la dinámica revolucionaria, han sido explícitamente reconocidos por un número de comentaristas europeo-orientales mismos, incluyendo yugoslavos, checoslovacos, y de manera más reservada, húngaros;<sup>30</sup> pero aun en aquellos lugares, como en la misma Unión Soviética —donde la discusión de tales asuntos es aún mirada con recelo—, la práctica oficial sugiere, sin embargo, una conciencia tentativa de la necesidad de llegar a un acuerdo con una realidad socioeconómica compleja,

<sup>29</sup> Carl Beck, “Bureaucracy and Political Development in Eastern Europe”, en Joseph la Palombana, ed., *Bureaucracy and Political Development*, Princeton, Princeton University Press, 1963, pp. 290-300.

<sup>30</sup> Sobre Hungría, ver Paul Lenvai, “Hungary: Changes, Immobilism”, *Problems of Communism*, xvi, marzo-abril 1967. Para Checoslovaquia “Czechoslovakia: Toward one-Party Pluralism”, *Problems of Communism*, xvi, enero-febrero 1967.

discordante con las expectativas revolucionarias anteriores.

En Europa Oriental (y en este caso también en la Unión Soviética) están en juego un conjunto de consideraciones fundamentales que abarcan el papel del partido, el carácter del liderazgo, la naturaleza y acomodo de las fuerzas sociales, el alcance de la participación popular, y lo más importante: el destino de la ideología y la cuestión crucial de la legitimidad del régimen.

Prescindiendo del tipo de levantamiento revolucionario experimentado en Europa Oriental, organizado por el partido ideológicamente dinamizado e influido desde el exterior, el sistema político mexicano no ha tenido aún que enfrentar los problemas institucionales característicos y potencialmente intratables del periodo post-revolucionario europeo.

Para recordar lo discutido anteriormente, el partido dominante “institucional” surgió a instancia de un aspirante individual al liderazgo nacional en una época de agotamiento revolucionario. A partir de una incipiente maquinaria personal y de una potencial “milicia cívica al servicio del Duce”, el partido mexicano evolucionó hacia una estructura cuasi-corporativista muy compleja, que albergaba voceros para los principales grupos socioeconómicos organizados del país. Al mismo tiempo, el partido se ligó menos a cualquier presidente en ejercicio, que al cargo de jefe del ejecutivo en sí mismo. En el curso de este proceso, el poder de la presidencia naturalmente se expandió, y la aceptación popular de la centralización y concentración del poder se facilitó enormemente en virtud del acatamiento en la práctica real, del principio de limitación del cargo presidencial a un periodo único de seis años. Todo el sistema fue reforzado, además, por las oportunidades que proporcionaba a la participación popular, tanto a través de la pertenencia masiva en grupos funcionales socioeconómicos afiliados al partido dominante, como por medio de elecciones regulares llevadas a cabo en una atmósfera competitiva al menos nominalmente gracias a la presencia de otros partidos menores.

Sin haber desempeñado nunca un papel dominante especial sobre el gobierno o la sociedad a través de una ideología oficial, tan vago y difuso en sus exhortaciones nacionalistas-reformistas generales como para haber ordenado siempre la aceptación popular; más esparcido que las fuentes distintivas de apoyo social para administraciones mexicanas específicas, el partido mexicano dominante ha contribuido tanto como se ha bene-

ficiado del sentido de legitimidad que, al menos hasta ahora, ha penetrado en todo el sistema político mexicano.

Tomadas en cuenta las amplias diferencias en experiencia histórica y cultura política entre México y Europa Oriental, la réplica exacta de todo el complejo de rasgos institucionales y procesos políticos característicos del sistema político mexicano puede ser desechada por ser altamente improbable. La pregunta más pertinente, es, por tanto, si pueden o no ahora identificarse y representarse mentalmente la aparición futura de ciertos rasgos específicos mexicanos, o sus equivalentes funcionales en Europa Oriental. Responder tal pregunta con una negativa no-calificada sería pasar por alto algunas evidencias que sugieren lo contrario, brindadas por ciertos desarrollos europeo-orientales recientes. Responder con una afirmación no-calificada sería extraer de una evidencia, inferencias que pueden ser probadas como insostenibles.

La cuestión puede ser revisada en términos de las líneas principales del debate general, que puede ser aducido para una evolución "mexicana" de los sistemas partidarios de Europa Oriental. Basado en los plausibles supuestos de que el modelo revolucionario inicial ya no puede ser aplicado, el análisis surge de la siguiente manera:

En primer lugar, en cuanto que la enérgica transformación de la sociedad de acuerdo a signos ideológicos se vuelve hacia el pasado, la ideología revolucionaria misma se vuelve crecientemente obsoleta. La erosión "ideológica" en el ambiente europeo oriental ha sido un fenómeno muy notorio. En todas partes donde aún se invocan los antiguos planteamientos para el gobierno del partido, cualquiera queda impactado por el carácter ritualizado y el vacío sustantivo de los pronunciamientos ideológicos formales. Por contraste, a través de los años que han transcurrido desde el quiebre inicial soviético-yugoslavo, el planteamiento titoísta sobre el gobierno ha evidenciado una notoria capacidad para la adaptabilidad creativa a circunstancias post-revolucionarias distintas. No sólo Yugoslavia ha estado aislada por completo de esta experiencia; en Rumania, al marxismo-leninismo se le ha administrado una fuerte infusión de nacionalismo en manos de los liderazgos sucesivos de Gheorgiu - Dej - Ceausescu.

En poco tiempo, esto ha reforzado y afinado indudablemente la dictadura para las tareas de "construcción" doméstica, en especial en la esfera industrial, en la cual el régimen está todavía dedicado. A largo plazo,

podría proporcionar una base útil para una reconciliación entre el régimen y la población rumana en conjunto. En la medida en que precisamente tal reconciliación ha sido enfatizada en otras partes, es ya acompañada de un declinamiento deliberado de las facetas revolucionarias de la ideología oficial. Una buena ilustración de lo que está involucrado fue proporcionado por Kadar, cuando revirtió conscientemente los elementos de una formulación anterior anunciando que "quien no está contra nosotros, está con nosotros". Aun aquellos regímenes europeo-orientales comúnmente vistos como "ortodoxos" en su compromiso ideológico, han encontrado conveniente repetir lo mismo.

Todo esto sugiere la deseabilidad —si no la inevitabilidad—, de un planteamiento acerca de un gobierno unipartidario, preocupado mucho más por realidades distintas, cuyo planteamiento no sea predicado sobre expectativas frías e irrelevantes, y sí sobre instituciones actuales en desarrollo —en otras palabras, algo funcionalmente similar a la "ideología" de la Revolución Mexicana.

La postulación de este tipo de desarrollo presupone ciertos corolarios adicionales. Entre otras cosas, considera la institucionalización del poder político sobre una base más segura que antes. En lo referente al liderazgo máximo, no es necesario anticipar el surgimiento del cargo de jefe del ejecutivo como el foco central de poder político, como en México; mucho menos la imposición de un límite fijo en el tiempo en el ejercicio del liderazgo personal a la manera mexicana. Más bien, puede argüirse que un liderazgo colectivo que divida efectivamente el poder podría servir como sustituto funcional, más en la medida en que un arreglo tal puede estar sujeto a la comprobación posterior de procedimientos más o menos regularizados, quizás dentro de los cuerpos partidarios más altos, para el remplazo de líderes individuales, es sin mayores desequilibrios en todo el sistema.

Mientras que la evidencia, hasta la fecha, ha sido tan escasa como para dejar como hipotética esta línea de argumento, aquellos que desean hacerlo así pueden interpretar la transición en Checoslovaquia de Novotny a Dubcek o aun la declinación de Khrushchev (y lo que se sabe del funcionamiento de liderazgo colectivo soviético desde entonces) en esta perspectiva.

En cualquier caso, la institucionalización del liderazgo político máximo parece más probable que siga, más que preceda, a una reformulación del papel del partido. Éste, medido en relación a los estándares y prácticas actuales del gobierno del partido comunista en el

periodo de embestida revolucionaria contra la sociedad, parece haber seguido un número de cambios significativos. Ya han pasado los días en que el partido actuaba como el implacable motor de cambio social, con un penetrante control funcional hasta sobre la última faceta de administración y vida social; su papel ahora es mucho menos ambicioso: el partido sólo es el depósito último del poder político y la fuente inmediata de política práctica, basada en la mediación e integración de las demandas competitivas de varios grupos sociales.

Aun los estados comunistas menos reformistas —en tanto que enfatizan la identidad separada del partido y del estado e insisten todavía sobre la primacía del último sobre el primero— han tenido que responder a las tensiones latentes entre la autonomía funcional emergente y la autoridad política residual. Éste es el barniz que debió ser puesto en la práctica soviética, bajo Khrushchev: mantener largas sesiones plenarias del comité central del partido para inducir a representantes de grupos funcionales que de otra manera quedarían fuera de la esfera de tales deliberaciones.<sup>31</sup>

Ésta es también la interpretación que puede ser adelantada para explicar el notable cambio hacia la esfera administrativa-técnica en la construcción sociológica de toda la élite política situada justo debajo del liderazgo máximo que ha ocurrido en años recientes en Alemania Oriental.<sup>32</sup> Aun los cambios recientes en Rumania, que parecen señalar a un rumbo enteramente diferente, pueden ser interpretados de manera similar. A primera vista, la fusión producida en 1967 en Rumania entre el partido y las posiciones de estado (“un solo camarada en el liderazgo debería encargarse de un campo específico de actividad, tanto en el partido y en las esferas de estado”) demuestra una concentración de poder, en algunas formas sugerente de una visión moderna del régimen autoritario familiar de la experiencia europeo-oriental a partir de la guerra. Sin embargo, es importante señalar que esta innovación en Rumania confiere a los miembros del aparato partido-estado prerrogativas de toma de decisiones en sus capacidades como especialistas técnicos más que como funcionarios del partido.<sup>33</sup> Así, este hecho puede contribuir a mejorar las tensiones inherentes entre el *apparatchiki*

partidario y la élite administrativa, y crear libertades sin precedentes para los *técnicos* por sobre los *políticos*, empleando la terminología mexicana para un fenómeno comparable.

Para ser efectiva, la institucionalización del poder político comunista requiere, obviamente, mucho más que la mera acomodación de intereses tecnocráticos de alta especialización. Es necesaria una reformulación del papel del partido, de manera que tome en cuenta la existencia de una amplia variedad de diferentes grupos de intereses y numerosas fuentes de legítimo conflicto social. Esto ha sido reconocido tentativamente en Hungría y con más decisión en Checoslovaquia, donde las exhortaciones reformistas del régimen de Dubcek se centraron en la promesa de una redefinición cabal del “papel dirigente” del partido que permitiera proveer de canales significativos para la expresión de las aspiraciones individuales o de grupo y su eventual satisfacción.

En lo concerniente a este aspecto crucial de la institucionalización, Yugoslavia ha mostrado, por largo tiempo, el camino —al menos en teoría—. Ya en 1952, el partido yugoslavo, entonces recién rebautizado Liga de Comunistas Yugoslavos, empezó a hablar de su papel como “educacional”, más que como “gobernante”. Unos pocos años más tarde, en respuesta a críticas domésticas tales como las de Djilas, quien había llegado a propugnar por la evolución a un sistema multipartidario, los voceros yugoslavos proclamaron el objetivo de una “democracia socialista no-partidaria”. A pesar de las innovaciones institucionales y de algunas promisorias disposiciones de la constitución yugoslava de 1963, la implementación práctica de una fórmula tan vaga mostró ser imperfecta, hasta que la decisión de Tito de lanzarse a las audaces reformas económicas de 1965 trajo a colación el asunto del *Apparatchiki* partidario, más urgentemente que nunca. La purga en 1966 de Aleksandan Rankovic, jefe de la policía secreta y supuesto heredero de Tito, dio luz verde a la discusión crítica sobre reformas políticas de largo alcance.

En realidad, las tesis de Draft, por lo común bajo consideración, representan un quiebre completo y final con la teoría leninista en la práctica. No sólo se supone que la Liga de Comunistas Yugoslavos abandona su posición como el “centro de autoridad estatal” y sufre así un “divorcio del poder”, sino que sus procesos internos también se reforman para así transformarlo de “un partido político en el sentido clásico” en una “organización política que abarca a todas las fuerzas so-

<sup>31</sup> Cf. Brzezinski “The Soviet Political Systems”, p. 11.

<sup>32</sup> Cf. Peter Christian Ludz, *Parteielite im Wandel*, Koln and Opladen, West Deutscher Verlag, 1968.

<sup>33</sup> “Rumania Revamps the Role of Party and State”, Research Department, Radio Free Europe, diciembre 13, 1967.

ciales que aceptan las bases socialistas de la sociedad", que permite que "los conflictos de intereses se expresen libremente y se resuelvan democráticamente".<sup>34</sup> *Mutatis mutandis*, esa formulación apenas podría expresar la teoría oficial del partido dominante en el sistema político mexicano. El que la representación de los grupos de interés tenga lugar dentro de la estructura partidaria yugoslava misma, es algo por verse. Puede establecerse que un equivalente a la práctica corporativista mexicana en los estados comunistas no necesariamente requiere de esto; más bien, pueden imaginarse representaciones grupales dentro de los cuerpos parlamentarios y/o las agencias ejecutivas de gobierno. Los teóricos yugoslavos (Lakatos, en especial) han abogado por lo anterior, e ideas comparables han surgido de recientes discusiones en Hungría acerca de la naturaleza de la "democracia socialista".<sup>35</sup> En Yugoslavia misma, ya existe un elaborado marco institucional para el corporativismo parlamentario, en forma de una Asamblea Nacional con cinco cámaras, cuatro de las cuales son funcionales en carácter. Similares arreglos estructurales, aunque menos complejos, se dan en los niveles republicanos y provinciales.

En Rumania, la reciente fusión partido-estado incluía una medida que quizás apuntaba en la segunda dirección, o sea, hacia la representación funcional dentro del gobierno, en la que los líderes de organizaciones masivas (Unión de Juventudes Comunistas, Unión Nacional de Cooperativas Agrícolas, los sindicatos y otros) se convertirían en miembros del gabinete.<sup>36</sup>

Independientemente del foco institucional en que pueda expresarse, la representación corporativa genuina depende, es obvio, de una real autonomía del grupo y de procesos democráticos en la selección del liderazgo del grupo. A este respecto han habido también algunos signos alentadores en Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia.<sup>37</sup> Sin embargo, si la experiencia mexicana puede ser una guía, la transición de organizaciones de masas como "correas de transmisión" a grupos genuinamente

autónomos, será tan incierta como crucial. Dondequiera que se invoque a sectores o grupos sociales para jugar un papel dual representativo-administrativo, las presiones serán enormes, y las oportunidades para la manipulación partidaria de líderes individuales son virtualmente ilimitadas.

Un elemento final en el caso de la "evolución mexicana" de los sistemas partidarios de Europa Oriental, se refiere al desarrollo de la participación popular real no sólo a través de grupos funcionales, sino también en el proceso electoral. En lugar de competencias electorales entre partidos (el partido dominante y los partidos menores de oposición como en México), una medida de participación popular genuina, para ciertas posiciones, podría quizá lograrse a través del recurso de múltiples candidaturas. Esta práctica ha existido por algún tiempo en Polonia, donde, sin embargo, las elecciones son todavía consideradas por los apologistas oficiales como "semi-plebiscitarias" en carácter.<sup>38</sup> Más recientemente, fue introducida en Hungría aunque con una advertencia de Kadar de que "es necesario e inevitable que los comunistas sean la mayoría en los cuerpos directivos del poder estatal".<sup>39</sup>

En la experimentación con las candidaturas múltiples, como en muchos otros aspectos, Yugoslavia debe ser considerada muy a la delantera en relación a los otros países comunistas. Y aunque todavía no permite ninguna expresión de oposición en forma de programas alternativos, la práctica electoral yugoslava caracteriza ya la competencia verdadera por los cargos, y la participación significativo de la población en los procesos nominativos, tanto representativos como corporativos.

Cada elección sucesiva (1963, 1965, 1967), ha evidenciado un aumento en el número de escaños disputados en todos los niveles electorales.<sup>40</sup> Esto, es indudable, ha facilitado el anhelado acceso de mucha sangre nueva en la vida pública, pero también es digno de atención el hecho de que en las elecciones de 1967 hubo ciertas instancias en las cuales los viejos héroes partisanos compitieron contra los tecnócratas más jóvenes y

<sup>34</sup> "Drafts these concerning the Reorganizations of the League of Communists of Yugoslavia", *Kommunist*, Belgrado, abril 27, 1967, tal como se cita en Slobodan Stankovic, "Yugoslav Party Reform Entering New Phase", Research Department, Radio Free Press, mayo 2, 1967.

<sup>35</sup> Lenvai, *loc. cit.*, especialmente, pp. 11-14.

<sup>36</sup> "Rumania Revamps the Role of Party and State", *loc. cit.*, p. 3.

<sup>37</sup> Los adelantos han ido más allá en Yugoslavia, especialmente con respecto a los sindicatos. Ver "New Role for Yugoslav Unions", *East Europe*, xvii, núm. 8, agosto 1968, pp. 41-42.

<sup>38</sup> Jerzy J. Wjatr y Adam Przeworski, "Control without Opposition", en Instituto de Filosofía y Sociología de la Academia Polaca de Ciencias, Departamento de Sociología Política, *Studies in Polish Political System*, Wroclaw, The Polish Academy of Science Press, 1967, p. 139.

<sup>39</sup> Nepszabadsag, noviembre 29, 1966, tal como se cita en Lenvai, *op. cit.*, p. 14.

<sup>40</sup> R. V. Burks y S. A. Stankovics, "Jugoslawien auf dem weg zu halbfrein Wahlen", *Osteuropa*, xvii, núms. 2-3, febrero-marzo 1967, pp. 131-146.

“el partido apoyó a estos últimos, pero los votantes dieron su voto a los primeros”.<sup>41</sup>

De las recientes elecciones en Yugoslavia —en especial aquellas de 1967 que dieron ejemplos de una campaña electoral “tan rigurosa como cualquiera vista en otro lugar”—, bien puede decirse que “muestran una tendencia definida hacia una creciente participación pública en todos los niveles”.<sup>42</sup> Además, este aumento en la participación pública ha estado acompañado por una reanimación de la vida parlamentaria misma.

En conformidad con el estímulo oficial a la “auto-administración democrática” en toda la sociedad yugoslava, la compleja Asamblea Federal, compuesta de cinco cámaras, ha mostrado signos de haberse transformado en un campo activo de debate, lo que también ha ocurrido en las estructuras representativas-corporativas en otros niveles del gobierno. Así, en una ocasión reciente, el gobierno de Eslovenia se sintió obligado a presentar su renuncia como resultado de un voto adverso a un programa de seguro de salud.<sup>43</sup> En relación a que han ocurrido estos cambios, Yugoslavia constituye un caso especial.

Para propósitos de análisis, sin embargo, el ejemplo yugoslavo y las fragmentarias evidencias brindadas por otros sistemas partidarios europeo-orientales, pueden ser aceptados como indicativos de la plausibilidad del desarrollo eventual de una tendencia más general hacia la participación popular en el proceso político. En la medida en que esta tendencia se materialice, podría ofrecer un importante elemento adicional de legitimidad a todo el sistema.

¿Cómo entonces ponderar todas las evidencias disponibles y evaluar el debate general de una evolución mexicana de los sistemas unipartidistas en Europa Oriental? Al considerar los pros y los contras, es conveniente tener en mente la acertada observación de Zdenek Mlĵnar, Secretario de la Comisión Legal del Comité Central del Partido Comunista Checoslovaco y líder de un equipo de especialistas designados en 1966 para estudiar “el desarrollo del sistema político en la sociedad socialista”: “Lo que está envuelto”, ha observado Mlĵnar, “es todo el concepto de un régimen político,

<sup>41</sup> Slobodan Stankovic, “Yugoslav Elections Analyzed”, *Radio Free Europe*, Research Department, abril 25, 1967, p. 1.

<sup>42</sup> Slobodan Stankovic, “Elections in Yugoslavia; Final Results”, *Radio Free Europe*, abril 27, 1967, p. 5.

<sup>43</sup> Slobodan Stankovic, “Government of Slovenia has Resigned”, *Radio Free Europe*, Research Department, diciembre 7, 1966.

el cual no puede ser definido solamente por el análisis estructural”.<sup>44</sup>

“Todo el concepto” del “régimen político” en Europa Oriental está en movimiento y puede ser descrito como post-revolucionario y, sin embargo, pre-institucional. En esta situación, es importante, como lo ha advertido Lakatos, distinguir entre reformas que tienen el efecto de hacer más eficiente la manipulación política y aquellas que pueden servir realmente para poner la política pública más cerca del control de la sociedad.<sup>45</sup> En disputa está el asunto crucial de las garantías institucionales viables para asegurar qué estructuras nuevas o renovadas realmente funcionarían de acuerdo a lo prometido; mientras que la transición desde un liderazgo de tipo stalinista en su cúspide puede constituir una condición necesaria, no es todavía una condición suficiente. Como lo ha señalado acertadamente otro intelectual checo de la persuasión reformista, Mlĵnar Hubl: “La experiencia de muchos países socialistas, por ejemplo después de 1956, ha demostrado que sería ingenuo fijar todas las esperanzas en la cualidad de trabajo de un líder único, nuevo, ‘mejor’, sin sacar conclusiones de experiencias previas y sin proporcionar ciertas garantías institucionales firmes”.<sup>46</sup> En realidad lo que Mlĵnar mismo tenía en mente se encontraba un paso lógico más adelante que su proposición, al enfatizar el libre juego para una opinión pública informada, quizá como la única condición más urgente y necesaria para reformas significativas de instituciones y estructuras.

En lo respectivo a esto último, es significativo que el Programa de Acción presentado en abril de 1968 por el partido checoslovaco bajo el liderazgo de Dubak, reconocía explícitamente la deseabilidad de “garantías firmes en contra de un retorno a los viejos métodos de subjetivismo y despotismo de una posición de poder” y garantizaba el desarrollo de “formas de vida política que aseguraran la libre expresión y voluntad de la clase trabajadora en la toma de decisiones políticas”.<sup>47</sup> Y

<sup>44</sup> “Democracy Today and Tomorrow”, *Pravda*, Bratislava, octubre 25, 1967, transmitido en Radio Free Europe, Czechoslovak Press Survey, núm. 1977 (263), p. 5.

<sup>45</sup> M. Lakatos: “Some Problems of Socialist Democracy from the Viewpoint of the Citizen’s Positions in our Society”, *Pravny Obzor* (Bratislava), III, 1966. Cfr. la discusión en S. Riveles “Czechoslovak Writer Calls for Free Elections”, *Radio Free Europe*, Research Department, abril 20, 1966.

<sup>46</sup> Milan Hubl, “Socialism for us”, en *Kulturny Zivot*, enero 5, 1968.

<sup>47</sup> “Excerpts from Reform Program of the Czech Communist Party”, *The New York Times*, abril 11, 1968.

aunque la respuesta a cómo podría lograrse esto sin ceder en el monopolio de poder del partido es muy vaga, el mismo programa prometía un número de libertades concretas, incluyendo, en especial, la libertad de expresión, sin las trabas de la censura política de los medios de comunicación. Si estas promesas se cumplirían en Checoslovaquia o en cualquier otro lugar de Europa Oriental, contribuirían a la perpetuación de un clima político mucho más abierto que cualquiera existente en México, con su dirección de la opinión pública controlada parcial e indirectamente. Mientras que aquellas promesas no se cumplan o sean realmente retiradas, amenazan con un retorno a la apatía popular que, aunque podría facilitar un dominio estancado del partido, trabajaría no sólo en contra de la implementación de las reformas económicas que tanto se necesitan en Europa Oriental, sino que también inhibiría la verdadera institucionalización política.

La pregunta básica, por lo tanto, se reduce a esto: ¿son las firmes garantías institucionales —incluyendo aquellos asuntos como la genuina autonomía de grupo y el libre juego para la opinión pública—, compatibles de manera cabal con la preservación de un dominio unipartidista en los estados comunistas? ¿Es en verdad posible, como se ha interrogado un escritor occidental con respecto a Hungría, “disipar la apatía popular y la indiferencia por reformas sustantivas sin diluir la cohesión interna del partido y debilitar su monopolio de poder?”<sup>48</sup> Y, si no, es posible plantear un acertijo adicional: ¿es en realidad posible diluir la cohesión interna del partido y debilitar su monopolio de poder tan gradualmente, o en medida tan limitada que las bases esenciales del sistema unipartidario no se destruyan enteramente en este proceso?

Una respuesta dramática a estas preguntas podría ser, para los partidos comunistas gobernantes, “ajustarse graciosamente a la deseabilidad y aun quizás a la inevitabilidad de su propio “desvanecimiento gradual”.”<sup>49</sup>

En Yugoslavia, por lo menos, esta línea de pensamiento ya no es más un anatema; ya que encuentra expresión en las propias tesis del partido. Sin embargo, ¿es una respuesta totalmente satisfactoria o siquiera realista, en especial para Yugoslavia misma? Las mismas tesis polemizan en contra de la objeción —surgida dentro de la élite política yugoslava—, de que la implementación de tales proposiciones nuevas podrían llevar a la desintegración de la “autoridad de la sociedad

(estado), y del partido”. Aunque rechazado por los proponentes yugoslavos de la “auto-administración democrática” como inconsecuente, este tipo de objeción merece ser tomada en sí misma. Después de todo, si el partido todavía debe servir como un mecanismo integrativo e innovador, es difícil concebir cómo puede desempeñar estas funciones cruciales y sin embargo, desvanecerse.

En lo que se refiere a Yugoslavia misma, el asunto es muy apremiante, dadas las diferencias regionales del país y las tradicionales animosidades de nacionalidad. Hasta ahora, ha sido el partido, o para ser más precisos, su liderazgo máximo en la persona del Mariscal Tito, el que ha proporcionado el liderazgo integrativo necesario. Sin duda, ha sido el éxito de Tito en integrar intereses muy divergentes, tanto políticos como regionales —apaciguando a los conservadores y alentando a los reformistas, y equilibrando las demandas competitivas de las diferentes nacionalidades—, lo que durante los últimos veinte años ha dado un carácter tan ambivalente al régimen titoísta y lo ha envuelto en “constantes cambios de concesiones a restricciones, de reformas a retrocesos, de progreso a reacción”.<sup>50</sup> En la actualidad, aparentemente, los reformistas han tomado la delantera y quizás estén en vías de destruir la influencia ejercida en todo momento por el obstinado *apparatshik* del partido. Si realmente triunfan en “divorciar del poder” a un partido que, con la excepción de sus cuerpos centrales, está privado de cualquier organización a escala nacional, el problema urgente será entonces el de si se han institucionalizado suficientemente otras estructuras políticas como para resistir los inevitables empujes centrífugos. Aquellos que pretenden ver propensiones estabilizadoras en contra de la amenaza de desintegración nacional, en virtud de la emergencia de políticas de coalición a lo largo de líneas republicanas y el posible reforzamiento de esta tendencia como resultado de ciertos aspectos integrativos de las reformas económicas yugoslavas,<sup>51</sup> hallarán su planteamiento sometido a la dura verificación sólo después de que Tito haya abandonado el escenario.

Lejos de desvanecerse —lo cual ningún otro Partido Comunista gobernante, más que el yugoslavo ha considerado seriamente—, los prospectos para adaptar el

<sup>50</sup> Slobodan Stankovic, “Titoism—twenty Years After”, parte IV, “Ideological Revisionism”, *Radio Free Europe*, Research Department, julio 11, 1968, p. 6.

<sup>51</sup> Alvin Z. Rubinstein, “Reforms, Nonalignment and Pluralism”, *Problems of Communism*, xvii, marzo-abril 1968, pp. 31-41, esp. 40-41.

<sup>48</sup> Lendvai, *op. cit.*, p. 16.

<sup>49</sup> Brzezinski, “The Soviet Political System”, p. 15.

“papel de liderazgo” del partido a lo que varios teóricos comunistas ahora reconocen ser “el nuevo estado de desarrollo social”, son demasiado oscuros por dificultades particulares a su marco característico doméstico e internacional, como para considerar formalmente el intento de una analogía con México. Algunas de estas dificultades —tales como las relacionadas a la estabilidad del liderazgo y la sucesión, la autonomía del grupo, la representación y participación popular— pueden ser consideradas institucionales en carácter, pero todas ellas caen bajo el denominador común del problema clave de la legitimidad del sistema político europeo-oriental mismo.

Una cosa es señalar la amplia erosión revolucionaria y prescribir la deseabilidad de un planteamiento institucional más que ideológico para el gobierno unipartidista, y otra es esperar que este desarrollo se realice sin la intervención de consecuencias seriamente destructivas. Entender los múltiples y contradictorios papeles desempeñados por la ideología en la escena europeo-oriental contemporánea es apreciar de inmediato por qué éste debería ser el caso. Con seguridad, la necesidad de la ideología —en el sentido de un sistema doctrinario coherente para motivar y justificar la transformación de la sociedad doméstica—, ha declinado considerablemente, y de aquí todos los signos manifiestos de su aparente erosión en la declinación del fervor ideológico revolucionario por parte de los regímenes de Europa Oriental (salvo Albania), y su evidente falta de preocupación por la cohesión de la doctrina marxista-leninista.

Sin embargo, habiéndose instalado sobre las bases de la ideología revolucionaria, las élites políticas comunistas se encuentran a sí mismas —a menudo obligadas por gratitud al principio de continua “dirección ideológica”— como un instrumento no de cambio revolucionario, sino de disciplina nacional y social.<sup>52</sup>

Mientras que la práctica de la dirección ideológica permita y de verdad exija una dominación continua por parte de la burocracia del partido, actúa como un freno importante de reformas políticas genuinas. Pero donde la dirección ideológica y el control burocrático del partido se hallan debilitados, la ideología puede desempeñar otro papel, destructivo por igual. La exposición revisionista de la ideología revolucionaria, espe-

cialmente en manos de intelectuales comunistas críticos —quienes podrían pasar del leninismo a través del marxismo hasta el liberalismo original—, puede fácilmente convertirse en una guía, no para la institucionalización del gobierno unipartidario, sino para su desmantelamiento. Ejemplos individuales de conclusiones revisionistas extraídos de la ideología revolucionaria hay muchos. No es necesario detenerse sobre casos individuales sobresalientes tales como el del filósofo marxista polaco, Leszek Kolakowsky, o el cientista natural y veterano miembro del partido Alemán Oriental, Robert Havemann, quienes se han enfrentado con sus respectivos liderazgos partidarios, y al hacerlo así, de forma accidental, han ayudado a reforzar la inquietud de su partido acerca de la función de control de la ideología oficial.

Una ilustración reciente mucho más aguda sobre el toque corrosivo de los intelectuales revisionistas comunistas, es proporcionada por desarrollos recientes en Checoslovaquia, donde desempeñaron un papel clave en la amplia coalición que incluía a reformistas económicos, a nacionalistas eslovacos y a miembros de la jerarquía del partido orientados pragmáticamente, quienes expulsaron a Novotny y lo remplazaron por Dubcek.

En el curso de esta transición en el liderazgo, los intelectuales críticos contribuyeron a instruir al pueblo acerca de la supresión dictatorial de derechos y medios considerados necesarios para prevenir tales repeticiones. Más interesante todavía: también hubo un incremento en las propias demandas de los intelectuales sobre el sistema. Para citar un caso típico al respecto, cabe considerar el ejemplo del grupo de intelectuales del partido —extraídos de varias disciplinas académicas mientras Novotny estaba en el poder—, para estudiar la institucionalización del sistema político checoslovaco.

En tanto que en septiembre de 1967, el líder del equipo, Mlynar, consideraba “prematureo hablar de proposiciones que introdujeran cambios institucionales”,<sup>53</sup> sólo unos pocos meses más tarde su ayudante, Pithart, llamaba al “trabajo autónomo de los partidos políticos exhortando a los votantes con su propia lista independiente de candidatos, contando con la libertad real de palabra”. Se trataba, en efecto, de un sistema multipartidario, como lo que él denominó “el mínimo de subsistencia” para la democracia checoslovaca.<sup>54</sup> Tam-

<sup>52</sup> Cfr. el incisivo análisis de Richard Lowenthal, “The Soviet Union in the Post-Revolutionary Era: An Overview”, en Alexander Dallin y Thomas B. Sanson, eds., *Soviet Politics since Khrushchev*, Englewood Cliffs, New York, Prentice Hall, 1968, p. 7.

<sup>53</sup> “The Development of the Political Systems in this Country. Docent Mlynar Interviewed”, *Studen*, sept. 27, 1967; *Radio Free Europe*, Czechoslovak Press Survey, núm. 1971 (243, 248), octubre 17, 1967.

<sup>54</sup> P. Pithart, “Political Parties and Freedom of Speech”,

poco estaba Pithart solo al pedir un desmantelamiento del sistema unipartidario. La activa restauración de otros partidos políticos, largo tiempo cautivos silenciosos de los comunistas dentro del Frente Nacional, y la emergencia de nuevos grupos políticos tales como los clubes de "miembros comprometidos no-partidarios" testifican esta tendencia, que no era realmente diferente de la que había ocurrido en Polonia y Hungría en 1956. En cuanto a los intelectuales, lo que sucedió puede ser resumido, usando la terminología de Gordon Skilling, como una elevación desde una oposición "específica" a una oposición "fundamental", y en algunos casos "integral", al sistema unipartidista.<sup>55</sup>

Quizá pueda ser demostrado que lo anterior sólo es válido ante la necesidad imperativa de aislar a la *intelligentzia* crítica de la participación política significativa, si el gobierno posrevolucionario del Partido Comunista se institucionaliza efectivamente. Precisamente esto, por supuesto, ocurrió en la Polonia de Gomulka, y una caída similar puede estar reservada para los intelectuales críticos checoslovacos. Sin embargo, es cuestionable si la Polonia de Gomulka constituye un caso de estudio muy persuasivo en la institucionalización efectiva del gobierno unipartidista. Con el *pays réel*, representado por la Iglesia Católica oficialmente admitida como "una fuerza ideológica perpetuamente competitiva yuxtapuesta al partido y al estado",<sup>56</sup> y la jerarquía misma del partido, plagada por luchas que mantienen sólo las más tenuous relaciones con las aspiraciones de las principales fuerzas sociales del país, la Polonia de Gomulka impacta como un caso de un gobierno unipartidario estancado y frustrado como ha observado Michael Yamanikov: "la alienación de la jerarquía del partido polaco con respecto a la nación ha sido un hecho en Polonia por más de dos décadas, excepto, quizá, por un breve periodo durante y después de octubre de 1956".<sup>57</sup> (Debería señalarse que las dos décadas en cuestión abarcan tanto los períodos revolucionario y post-revolucionario y que la breve excepción corresponde a

una fase en la historia comunista polaca durante la cual la *intelligentzia* crítica era libre de dar voz a las aspiraciones de la nación.)

Si la supresión de los intelectuales fuera ahora a sobrevenir en Checoslovaquia —donde han sido tan instrumentales al exigir promesas de garantías institucionales reales contra el abuso del poder—, puede predecirse que los prospectos del régimen sufrirían un retroceso no menos severo. Ya que los intelectuales constituyen hoy una fuerza política importante en el conjunto de Europa Oriental —lo que ha sido cierto históricamente—, es importante señalar otro aspecto notorio en su universo presente. En su estudio estructural-funcional de los estados comunistas europeos, Ghita Ionescu concluye que hay dos "tendencias irreversibles" que operan actualmente en toda el área: la primera de ellas la identifica "como el aumento de pluralización" dentro de los países individuales, y la segunda, como "la tendencia de los estados comunistas europeos a volverse más europeos y menos comunistas".<sup>58</sup> Dejando de lado la discutible pregunta de si estas tendencias son o no "irreversibles", ellas están, de hecho, interconectadas. Porque agregado a la propensión de la *intelligentzia* de extraer conclusiones revisionistas-democráticas, y reforzándolo, está su orientación hacia la cultura política europeo-occidental.

"El europeo de hoy", para citar el pensamiento de un intelectual eslovaco, "quiere compartir las decisiones... elegir sus liderazgos, y después, de acuerdo a las acciones de éste, aplaudir, criticar, o remplazarlo por otro; en una palabra, quiere que los principios constitucionales, que declaran 'que la gente es la fuente de todo poder', sean práctica diaria y concreta, y sobre esta base, ejercitar sus derechos de elección, control y responsabilidad".<sup>59</sup> Conocida la experiencia de gobierno comunista, el abuso del poder dictatorial cometido en el pasado y las inevitables recriminaciones que ha dejado en su despertar, el empuje de la cultura política de Europa Oriental es menor hacia los sistemas unipartidistas institucionalizados que hacia el renacimiento del parlamentarismo multipartidario. Así, para un segmento considerable de la opinión pública de Europa Oriental, guiada y dirigida por la *intelligentzia* crítica,

*Literarni Listy*, núm. 17, mayo 29, 1968; *Radio Free Europe*, Czechoslovak Press Survey, núm. 2097 (177, 178), julio 8, 1968.

<sup>55</sup> H. Gordon Skilling, "Opposition in Communist East Europe", publicación en Robert A. Dahal, ed., *Emerging oppositions*.

<sup>56</sup> Jerzy J. Wjatr, "The Hegemonic Party System in Poland", en Instituto de Filosofía y Sociología de la Academia Polaca de Ciencias, *op. cit.*, p. 121.

<sup>57</sup> Michael Gamarnikov, "Eastern Europe—Light at the End of the Tunnel", *Interplay*, mayo 1968, p. 33.

<sup>58</sup> Ghita Ionescu, *The Politics of the European Communist States*, New York, Frederick Praeger, 1967. Cfr. Melvin Croan, "Political Science and Eastern Europe", *Survey*, núm. 48, abril 1968, pp. 156-158.

<sup>59</sup> Gustav Husak, "An Old Anniversary and New Hopes", *Kulturny Zivot*, enero 12, 1968.

“la experiencia histórica ha demostrado el valor limitado del sistema unipartidista”.<sup>60</sup>

Es innecesario decir que el universo político de las élites gobernantes partidarias es totalmente diferente. Mientras que los funcionarios de menor nivel demuestran una preocupación muy comprensible por los beneficios personales que pueden obtener del poder y reaccionen instintivamente contra los esfuerzos para diluir el monopolio político del partido en interés de la institucionalización —rasgos que el liderazgo máximo comparte—, las preocupaciones de este último no se agotan con esto. Más bien, en la medida en que la Unión Soviética todavía es capaz de ejercer hegemonía sobre algunos estados particulares en Europa Oriental —y hasta ahora sólo Yugoslavia, Albania y Rumania parecen, por diferentes razones, estar seguros de sus diferentes rumbos—, el universo político de las jerarquías partidarias, aun las más pragmáticamente inclinadas, deben, por lo menos en cierta magnitud continuar como antes, centradas en Moscú. En tanto que la Unión Soviética, a su vez, esté gobernada por un liderazgo que se siente a sí mismo obligado a enfatizar la “dirección ideológica” y la primacía del partido, siempre podrá reaccionar adversamente a la institucionalización exterior que pueda parecer amenazante a la dictadura interna del partido. Las consecuencias de cualquier intervención soviética directa, tal como ha ocurrido en Checoslovaquia, parecen destinadas a redundar desfavorablemente sobre los prospectos de un gobierno del Partido Comunista más pluralista, mejor organizado, no sólo en el país involucrado, sino en otras partes.

En resumen, entonces, el caso de un futuro mexicano para los sistemas partidarios de Europa Oriental debe ser juzgado a la luz de las condiciones históricas y políticas específicas de México, por una parte, y a las de cada estado europeo oriental por la otra. El futuro institucional —si ése ha de ser para los sistemas partidarios europeo orientales—, debe tener éxito en términos de un conjunto múltiple de esfuerzos y presiones planteados por la búsqueda de un genuino pluralismo político en contra del mantenimiento de un poder partidario residual, mezclado además, en el caso de la mayoría de los países europeo orientales, con presiones internacionales divergentes, hacia una cultura política

<sup>60</sup> Stevan Vracar en *Gledista*, Belgrado, núms. 8-9, agosto-sept. 1967, tal como se cita en Slobodan Stankovic, “Yugoslav Theoretician Advocates two-Party System for Communist Countries”, *Radio Free Europe*, Research Department, octubre 6, 1967.

europeo occidental y hacia el soviét. Si esto no fuera así, o aun si el contexto internacional del cambio político interno fuera un factor menos importante que lo que es, podría sentirse mayor confianza en extraer conclusiones sobre México más firmes que aquellas facetas disponibles de la evidencia europeo oriental, de lo que parece sugerir tal inferencia. Lo que falta en Europa Oriental, sin embargo, es la élite gobernante ideológicamente incorrupta, además de la relativa falta de sofisticación política y un grado relativo de aislamiento internacional que acompañaron la maduración del sistema político mexicano.

En realidad, en tanto México está inserto en la era de la historia mundial, es pertinente preguntarse si el sistema unipartidario puede sobrevivir por largo tiempo en su forma presente. Los distintos defectos del sistema han sido, por cierto tiempo, aparentes, tanto para comentaristas favorablemente dispuestos, como para críticos mexicanos y extranjeros. El argumento de que la dominación largamente establecida del PRI ha comenzado a frenar el proceso socioeconómico, como a inhibir el desarrollo político, puede arrojar una lista de elementos particulares y diversificados.

Existe, como lo señala González Casanova, el recalcitrante fenómeno del “marginalismo”, o sea, la falla del sistema para tratar adecuadamente en términos políticos —para no mencionar económicos— la considerable población marginal de indígenas rurales y, en algunos casos, urbanos pobres con la resultante inclinación de la población marginal a la violencia.<sup>61</sup>

Puede haber, como ha señalado Raymond Vernon, una cuestión seria acerca del alcance que tiene el presidente para iniciar políticas, cargo que ha sido tan bien institucionalizado como para que su ocupante se vuelva obligado por gratitud hacia innumerables grupos de veto.<sup>62</sup> También existe, como ha señalado Robert Scott, la restricción sobre la autonomía de grupo y la iniciativa individual que proviene de un control político excesivamente centralizado y la ausencia, hasta ahora, de una oposición política efectiva responsable.<sup>63</sup> Finalmente, es necesario agregar que debería haber ciertas preguntas acerca de la viabilidad a largo plazo de estos valores políticos difusos —las “proposiciones mexicanas”

<sup>61</sup> Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, ediciones Era, 1965.

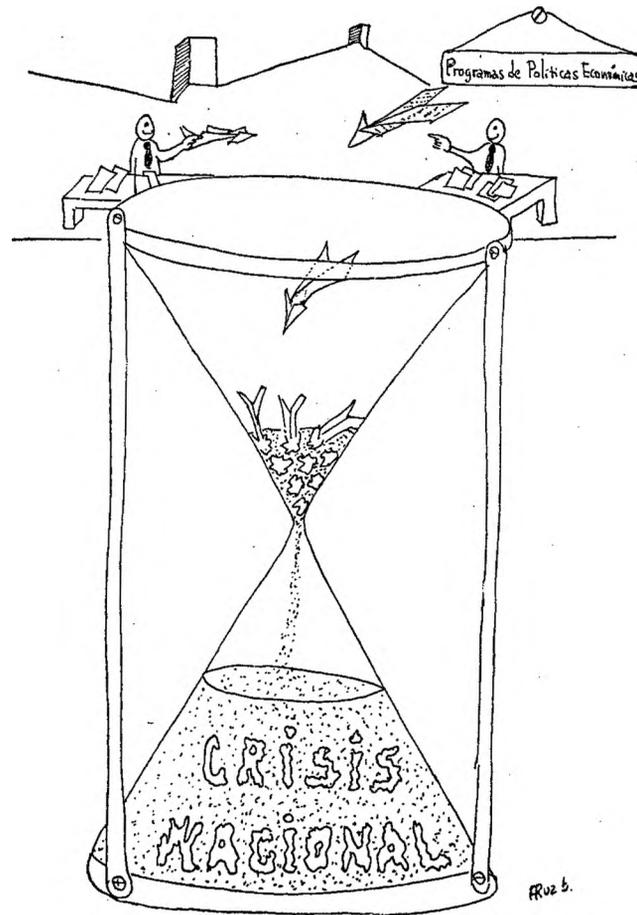
<sup>62</sup> Vernon, *op. cit.*

<sup>63</sup> Robert E. Scott, “México, the Established Revolution”, en Lucian W. Pye y Sydney Verba, eds., *Political Culture and Political Development*, Princeton, Princeton University Press, 1965, y Scott, *op. cit.*, *passim*.

características que Brandenburg enfatiza tanto—,<sup>64</sup> y las consideraciones relacionadas a la durabilidad del consenso de la élite política acerca de estas reglas informales del juego, sobre las cuales el sistema mexicano ha dependido de forma vital para su exitoso funcionamiento. En el pasado han habido instancias en que desilusionados aspirantes a la presidencia, de diferentes facciones, se han arriesgado más allá de los confines normales de la extendida “familia revolucionaria” para establecer partidos políticos propios. Si esto ocurriera en el contexto del consenso de una élite debilitada, el descontento de aquellos grupos sociales que ya existen al “margen” del descontento de otros que están en el centro de la política nacional, bien podría proveer una base significativa de apoyo político positivo sobre la cual basar el tipo de aspiración de poder personal o faccio-

nal que no se ha satisfecho previamente en su disidencia. Las consecuencias para el sistema mexicano unipartidista, tal como ha funcionado hasta el presente no serían difíciles de imaginar.

A la luz de sus dinámicas políticas distintivas y sus futuros problemáticos, quizá la pregunta “¿Es México el futuro de Europa Oriental?” debería ser replanteada como “¿Es México el futuro de México?”. Por el momento, quizá lo más que se puede decir al respecto, es el pensamiento expresado por Mljar en respuesta a una pregunta referente al trabajo de su grupo de estudio checoslovaco:<sup>65</sup> cuando se le preguntó si el trabajo de su equipo podría ser caracterizado propiamente como futurología, él tuvo que admitir que, a lo más, la ciencia política era solamente una pequeña parte de aquel campo mucho más amplio.



<sup>64</sup> Brandenburg, *op. cit.*, cap. 1.

<sup>65</sup> “The Development of the Political System in this Country”, pp. 5-6.